

TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS

Editorial **ALAS**

BURGESS
MEREDITH

ROBERT
MITCHUM



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS Serie Especial

15



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbado, 14, Barcelona - Tormera, 4, Madrid

EDITORIAL

ALAS

AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 363

NUM. 116

TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS

La vida de los soldados de Infantería norteamericanos durante la pasada guerra, sus penas, miedos, alegrías, ambiciones y caracteres, son descritos de una manera magistral por su sobriedad y rudeza, llena de valor humano, que persiste a través de las más duras batallas que recuerda la Historia.



Distribuida por

Producciones Cinematográficas Rosa - Films, S. A.

Rambla de Cataluña, 62 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Ernie Pyle</i>	Burgess Meredith.
<i>Bill Walker</i>	Robert Mitchum.
<i>Amelia</i>	Yolanda Lacca.
<i>Sargento Warnicki</i>	Fredie Steele.
<i>Dondaro</i>	Wally Cassell.

Director

William A. Wellman

Narración literaria por
Juan Planas

LOS NOVATOS

El paraje era como un anfiteatro de montañas por entre las cuales escapaba una inferminable llanura esteparia que, paulatinamente, se convertía en un inmenso desierto. Toda la enorme extensión, abarcada por los ojos, estaba cruzada por una tosca carretera, cuyos lados adornaban unas plantas raquíticas y grotescas.

Pero desmintiendo la fantástica impresión de desolación y de soledad que producía el lugar, al pie de las montañas, se hallaba ocupado por apretados grupos de soldados, camiones, ambulancias y, en fin, por toda la impedimenta que suele acompañar a un ejército en marcha. Aquella fuerza, compuesta de hombres y muchachos de aspecto alegre y juvenil, vestía el uniforme norteamericano.

De pronto vibró un largo toque de clarín y en un santiamén los soldados ocuparon los camiones sin gritos ni canciones. Era aquel un momento grave. Habían recorrido decenas de millares de millas para llegar a un país inhospitalario y desconocido —África—, donde recibirían su bautismo de fuego. Y el clarín señalaba la hora de partir hacia la ominosa e inconcreta línea llamada «frente».

El teniente Walker, hombre gigantesco y de severa expresión,

se acercó al vehículo que transportaba a los primeros hombres de su sección. Sus ojos se clavaron en un gracioso cachorro, coquetamente ataviado con una cinta de color, que uno de los soldados tenía en brazos.

—A ver si te deshaces de ese perro—ordenó secamente.

Y después añadió como si se arrepintiera de su mal humor:

—¿Te gustaría que lo mataran?... Andando, de prisa. Obedece y no discutas.

—Está bien, está bien... Usted es el teniente—gruñó el soldado.

Se había encapotado el cielo y un viento helado hacía balancear los abrigo de los hombres. El perrito pasó de mano en mano; fué acariciado por todos en medio de un gran silencio. El teniente Walker se hizo a un lado para no contemplar la emotiva escena. Un soldado murmuró:

—¿Por qué no podemos llevarnos el perro?

—¡Pobre perrito! ¡Vas a helarte de frío ahí fuera!—se apiadó otro.

—Adiós, «Árabe»—se despidió un tercero.

Así llegó el cachorro al extremo del camión, y de allí pasó a un hombrechillo que estaba esperando junto a él. El soldado mecánico sujetó la madera libre que constituía su parte trasera.

Todos miraban al extraño hombrechillo, atildadamente vestido. Era de edad mediana, de rostro inteligente y bondadoso; no llevaba armas, sino un grueso bulto de impedimenta. El perro lloró en sus brazos.

Walker se mordió los labios y estudió la insignia que el desconocido llevaba en el hombro izquierdo. Y una mueca sardónica animó el rostro del teniente al exclamar:

—Corresponsal, ¿eh? Querrá conocer el frente, ¿verdad? Pues suba... ¡Pronto! ¡He dicho que suba! ¡Dese prisa!

El corresponsal miró apurado al cachorro. Había sido espectador de lo ocurrido anteriormente y no sabía si dejarlo en libertad, obedeciendo al teniente, o devolvérselo a los soldados. Estos estaban expectantes.

Walker rezongó unas palabras y envió el bulto del corresponsal.

sal al camión con fácil esfuerzo. Después se encaró con el periodista, adivinando la perplejidad de éste. En cierto modo se alegraba de que «Árabe» no tuviera que ser abandonado allí; el corresponsal podía hacer lo que se le antojase.

—¡A ver si dejás sitio a este hombre!—ordenó Walker.

Y de un empujón colocó al corresponsal entre los soldados. Inmediatamente, la columna se puso en marcha.

Es inútil intentar describir la alegría de los soldados al verse dueños nuevamente de «Árabe». Disputaron por acariciarle, y llegó, al fin, al poder de Gawky, su presunto propietario.

Cuando los camiones hubieron recorrido algunas millas, los soldados recobraron el habla. El corresponsal, acurrucado a los pies de Warnicki, el hercúleo sargento, les escuchaba con interés.

—Oye, Gawky—chilló Mew, soldado de atlético aspecto—. ¿Qué nombre piensas dar al chuchó?... ¿Betty Smith?

Dondaro, un muchacho moreno, guapo, descendiente a todas luces de italianos, dió una palmada en el hombro de Gawky y gritó a Mew:

—Deja en paz a Gawky. Es mi protegido.

—¿Quién es Betty Gordon?—preguntó el corresponsal.

Todos se volvieron a mirarle. El frío parecía disminuir el tamaño del recién llegado.

—El chico está esperando carta de ella desde que salimos de los Estados Unidos—explicó Dondaro.

El corresponsal le dió un cigarrillo, y Dondaro, después de encenderlo, dijo con acento de conmiseración, un tanto despectivo:

—Seguramente se apeará usted en la primera base aérea, ¿verdad, abuelo?

—¿Por qué?

—Es usted corresponsal—contestó Dondaro encogiéndose de hombros—. Ustedes siempre escriben sobre tipos como esos aviadores, Héroes de Hollywood. Nosotros sólo somos un montón de parias que se pasea en camión por gusto. Pregúnteselo a «Wingles»—aconsejó aludiendo a un muchacho que medía casi dos metros de estatura—. El se lo dirá.

«Wingless» (sin alas) era el mote del soldado Murphy. Había intentado inútilmente ingresar en la Aviación. Le molestó que Dondaro le pusiera en evidencia y se apoyó en la ancha espalda de Mew, replicando:

—Sí... Con pasar un avión, todos fiambres... Sólo un avión y, ¡zas!, se acabó.

Estas palabras enmudecieron a los ocupantes del camión. Pero el corresponsal ya se había dado cuenta de que los hombres de su oficio, así como todos los «enchufados», no eran el santo de la devoción de los infantes. Su tamaño pareció disminuir, como la tortuga se mete en su concha cuando encuentra algo desagradable.

Pasaron varias horas sin que la conversación se animase. El camión que encabezaba la columna se detuvo y los demás imitaron su ejemplo. Un sargento vocó que los soldados podían bajar a estirar las piernas. No se lo hicieron repetir y se desperdigaron por los alrededores de la carretera, formando animados grupos.

El corresponsal se vió solo. Encendió un cigarrillo melancólicamente. Walker se aproximó a él y le preguntó entre rotador y compasivo:

—¿Puede saberse adónde va, señor...?

—Pyle—informó el corresponsal—. ¿Por qué? Hasta el final del trayecto si no tiene inconveniente.

Walker arqueó las cejas sorprendido.

—Claro que no.

Y repitió, como intentando recordar:

—Pyle... ¿Ha dicho Pyle?... ¿No es usted autor de esos artículos sobre viajes de vacaciones o algo parecido?

Los ojos de Pyle destallaron irónicos ante tanta vaguedad, y respondió como si estuviera arrepentido:

—Pues... me parece que sí... Bonito equipo el que lleva—comentó indicando a los soldados.

—Todavía no formamos un equipo—le corrigió Walker—; pero puede que mañana a estas horas ya lo seamos.

El sargento mayor mandó a los soldados que volvieran a ocupar los camiones. Un alud de hombres subió a los vehículos. Pyle aguardó junto al suyo hasta que todos sus ocupantes hubieron

subido. Cuando, después de arrojar la colilla de su cigarrillo, ponía el pie en la argolla de hierro que servía de pescante, Walker le detuvo y le dijo con sincera, pero sobria admiración:

—Oiga, ahora recuerdo. Mi padre leía sus artículos. Decía que eran estupendos.

—Pues, ¡sí que es raro!—exclamó Pyle burlonamente.

Pero una vez arrancó el camión, sentía en su interior un grato calorillo: había encontrado a un amigo, aunque éste fuera un hombre tan magnífico y extraño como el teniente Walker.

La noche cerró sobre los soldados, que, al amparo de los camiones, intentaban en vano combatir el frío durmiendo por parejas. El zumbido de las conversaciones fué interrumpido por un grito de aviso del telegrafista, que había puesto la radio en marcha:

—Compañeros, escuchad esto... ¡Artie Shaw!

Escucharon con religioso silencio el «blues» interpretado por el célebre músico de «jazz». Cuando terminó, todos prorrumpieron en vítores. Mientras unos prestaban atención, otros charlaban, se quejaban o se reían.

Mew, que dormía con el altísimo Murphy, notó que por sus pies penetraba una insidiosa corriente de aire gélido, debida a la exagerada longitud de las piernas de su amigo. Apoyándose en un codo, suspiró:

—Murphy, ¡ojalá no fueras tan largo!... Hace bastante frío aquí a cielo raso.

—Me cortaré las piernas—sugirió Murphy.

—No creo que te haga falta hacerlo. He oído decir que mañana llegaremos al verdadero infierno.

—Pues si no les molestase, me gustaría quedarme por aquí.

Mew adivinó que estaba pensando en los aeroplanos, campos de aviación, etc., de los que se veía alejado a causa de su estatura poco común. Y su bondadoso corazón se conmovió.

—La Infantería no es tan mala...

—Esta es una guerra moderna, ¿verdad?—le interrumpió Murphy.—También yo soy moderno, y moderna es la Era en que vivimos. Así que aquél es mi sitio y no este que me han dado.

—Si no te admitieron fué porque eres demasiado grande. La culpa no es tuya.

—He de cortarme los pies—repitió Murphy.

Y su camarada se quedó sin saber qué decir.

Los sargentos López y Warnicki, contiguos a Dondaro y Gawky, contemplaban las titilantes estrellas, que brillaban en un cielo despiadadamente diáfano, con las manos cruzadas bajo la nuca.

—¿Qué me aconsejas que les lleve a María y al crío cuando vuelva?

—¿Cuando vuelvas? —murmuró Warnicki soñoliento—. Si vuelves, querrás decir.

Dondaro era quizá, en aquellos momentos, el hombre más despierto y vivaracho de toda la columna. La música de la radio había encendido sus instintos donjuanesco y pensaba en las víctimas de su labia y de sus dotes de conquistador con una sonrisa en los labios. Lo único malo de la guerra era la falta de mujeres.

Dió un codazo al amodorrado Gawky y le gritó:

—Si querías llevarte algo de aquel pueblo, ¿por qué no te trajiste alguna falda bonita?

—Oye, yo no soy...—protestó Gawky.

La radio emitió una voz femenina, maravillosamente dulce, que hizo dar un salto a Dondaro mientras ordenaba:

—¡Escuchad! No interrumpáis la música... ¡Crimen!

—Sí—aprobó alguien desde algún lugar remoto.

Era Sally, la locutora de radio Berlín, cuyas emisiones estaban destinadas a mirar la moral de aquellos hombres. Les recordó todo lo que habían dejado en su patria: sus novias, las noches varaniegas, los refrescos, pasteles, sonrisas a la luz de la luna. Y concluyó:

—Mañana, vosotros, muchachos del XVIII de Infantería, tendréis el primer encuentro con nuestras tropas, las tropas que han vencido al mundo: a franceses, ingleses, rusos... ¿Qué podéis esperar vosotros?

Se produjo un huracán de protestas, que arreció cuando la locutora les invitó a rendirse antes de que se produjese un desastre. Su voz se hizo persuasiva:

—Podéis ser mis invitados en Alemania. Bailaréis con nuestras bellas jóvenes, que son simpáticas y saben divertir a los hombres apuestos como vosotros.

—Resérvame alguna, ¿quieres?—chilló José.

Los demás se unieron a esta petición. Sus corazones juveniles, entre la ansiedad y el miedo a lo desconocido, sentían una tremenda nostalgia de cuanto carecían.

Pero lo que causó efectos desastrosos fué la canción que cerró la emisión. Dondaro sintió que perdía la cabeza a causa de la sugestiva letra, y aulló:

—¡Me gustaría dejar como un colador a ese trasto!

—¡Desconecta esa radio!—gimió José.

López se puso a tocar su guitarra, y poco a poco, la paz reinó en el campamento. Los soldados se entregaron al sueño. Dondaro, sin embargo, seguía tan despierto como un murciélago. Se arrodilló y alargó los brazos hacia las estrellas. Al mirar hacia la tierra, distinguió a Pyle a pocos metros de distancia.

—¡Eh, abuelo!—gritó—. ¿Por qué no será una mujer bonita? O aunque fuese fea...

—¡A ver si os calláis de una vez!—exclamó el campamento en masa.

—¡Está bien!—contestó Dondaro, metiéndose entre las mantas—. Esta noche, muchachos, esta noche, voy a soñar en technicolor.

Pyle temblaba como un azogado debido al frío. Envidiando la vitalidad y el buen humor de Dondaro, sus manos enguantadas buscaron un pasamontañas, que se caló hasta las cejas, y procuró dormir...

Estaba muy avanzada la mañana siguiente cuando aun les faltaban veinte millas para llegar al frente. Los hombres, pálidos, pero resueltos, acogieron la información con protestas. La tensión de su espíritu era casi insoportable. Únicamente la acción y el peligro podrían disiparla.

—Veinte millas—murmuró Newmann.

El encargado de la ametralladora antiaérea del camión les explicó con una cortesía forzada:

—Después te bajas y caminas otras diez. Ya sabes: sólo para estirar las piernas.

—¿Adónde vamos?—exclamó Spencer—. ¿A China?

Enmudeció al oír una especie de trueno lejano. Cañones disparando con la mayor rapidez posible. Se miraron unos a otros, algo asustados. Se les secó la boca. Spencer volvió a hablar, pero con dificultad.

—Oid; ése es nuestro... El ciento cinco.

—Ellos tienen el ochenta y ocho.

Las manos atezaron los fusiles. Warnicki se puso en pie y oteó el horizonte. Luego se encaró con el servidor de la ametralladora y exclamó:

—Creí que habías dicho veinte millas.

Guardaron silencio, escuchando el rugido de la artillería. Incluso podían percibir el silbido de algunos proyectiles. Estaban sobrecogidos. Pyle estudiaba, nervioso, sus rostros y se dijo que estaban experimentando lo mismo que él.

—¡Aviones!—gritó de pronto el servidor de la ametralladora.

Chirriaron los frenos de los vehículos y los soldados saltaron a tierra, escondiéndose en las desigualdades del terreno. Los servidores de las ametralladoras y Dondaro, portador del fusil ametrallador, hicieron frente a los aviones, que bajaron hacia ellos en vuelo raso, disparando sus armas.

Se entabló un duelo desigual. Los de los camiones no cejaron y enviaron ráfaga tras ráfaga contra sus agresores. El tableteo de las máquinas de guerra se confundió durante unos segundos. Poco después de haber sembrado el terreno de proyectiles, los aeroplanos desaparecían en el horizonte.

—Bueno, ¿qué os dije del Cuerpo de Aviación?—preguntó Murphy regresando al transporte, seguido de sus compañeros.

Sus amigos vomitaron improperios contra tal arma, fanfarroneando sobre su supuesta cobardía. Inesperadamente vieron un cuerpo tendido en el suelo. «Arabo», el perrillo, estaba sentado junto a él, gimiendo. Warnicki cogió al animalito y contempló el cadáver. Los soldados se acercaban silenciosamente a él y Walker les salió al paso, diciendo:

—El médico se encargará de él. ¡Al camión, muchachos! ¡Al camión.

Obedecieron cansinamente. El monstruo de la guerra pedía víctimas, aunque la idea que cada uno tenía de su indestructibilidad protestara de ello. Era un grupo de hombres macilentos el que contemplaba cómo los camilleros conducían al muerto a una ambulancia.

Pyle observaba esta operación junto a Walker. Este confesó al periodista:

—Los primeros muertos son los peores.

—Lo imagino—repuso Pyle lacónicamente.

Los camiones arrancaron. En el camión, los soldados cambiaban consternadas miradas. Pyle repartió algunos cigarrillos. Mew sacudió la cabeza como si aceptara una verdad espantosa, y murmuró:

—Ahora sí que no recibirá nunca la carta que esperaba de aquella chica.

Dondaro, a quien la muerte de Gawky había petrificado, meneó tristemente una de sus expresivas manos.

—Así se ha vengado de ella—dijo—. Ahora tampoco recibirá ninguna de él.

—¿Cuál era el apellido de Gawky?—preguntó Pyle de pronto.

—Henderson—informó Dondaro.

Y todos hundieron la barbilla en el pecho, entregándose a los más sombríos presentimientos. La muerte es siempre algo inverosímil para los fuertes.

Poco a poco, una vez establecido el último campamento, mientras comían, ya equipados para emprender la marcha a pie, la súbita desaparición de Gawky, como comprobó Pyle, iba dándose al olvido.

Estaba el corresponsal bebiendo un trago de café cuando se le acercó Walker.

—Bueno, señor Pyle—le anunció—. Este es el término del trayecto. De aquí en adelante tendremos barullo. Ahora van a regresar un par de «jeeps» y sí...

—¿Le molestaría a usted que les acompañase?—le interrumpió Pyle.

Los ojos de ambos hombres se encontraron. Walker se encogió de hombros y replicó antes de alejarse:

—Bien; éste será su funeral.

A poco, la columna se puso en marcha. Anduvo primero por la carretera y después entró en el desierto propiamente dicho, dirigiéndose hacia unas lomas.

Horas más tarde, cuando llegaron a un río, Pyle empezó a vacilar. Llevaba, comparativamente, más peso que los soldados, por cuanto no se había separado de su equipaje; además, no podía competir con las largas piernas de los infantes. Vaciló, como se ha dicho, al entrar el teniente Walker en el río; seguido de los soldados, que cambiaban alegres comentarios.

Pyle consideró su situación. No podía volverse atrás, pues, en cierto modo, había contraído un compromiso moral con Walker. Por otra parte, le dolía separarse de las mantas, que tan útiles habían demostrado ser hasta entonces. Finalmente, con ademán definitivo —como si hubiera recibido el espaldarazo de veterano— soltó el bulto y, metiendo las manos en los bolsillos, comenzó a vadear la corriente de agua.

A partir de este momento se estableció un lazo de amistad entre él y los soldados. Estos se maravillaban de que un hombre de su edad y apariencia física les siguiera a través de lluvias torrenciales y temperaturas abrasadoras, por gusto, mientras ellos suspiraban por estar en su casa. Empezaron a llamarle por su nombre de pila, Ernie, y a poco era considerado como algo esencial en la compañía, sin lo que no hubiera podido subsistir.

Pero había algo más que los unía. Ernie Pyle descubrió lo que otros habían pasado por alto: que el soldado es un ser humano y que, por consiguiente, haciendo salvedad de que es él el que gana la guerra, había otros seres humanos más interesados en su suerte que en lo que decían los impersonales, escuetos y fríos partes de guerra.

De aquí que, como en agradecimiento de la amistad que le tributaban y como homenaje a su callado sacrificio, comenzó a

hacer intervenir en sus crónicas a soldados desconocidos —Don-daro, Lopez, José, Murphy, etc.— explicando sus deseos y caracteres, sus sacrificios y alegrías, por individualidades, lo que daba a sus crónicas una soltura y un valor, que no tardó en ganar la atención de todos los países aliados.

Así, por ejemplo, José le dijo un día, durante una marcha:

—Oiga, Ernie. Publique en Cleveland que José McCloskey está ganando la guerra él solito.

Aquella noche, aterido por un viento helado, Pyle tecleaba en su máquina de escribir portátil:

«Ganando la guerra él solito... José McCloskey, sencillo dependiente de farmacia de esquina; Harry Fletcher, recién graduado en leyes; Danny Goodman, que servía gasolina en verano y estudiaba Medicina en otoño... Aquí los tenemos enfrentándose con un enemigo mortal, en una tierra lejana y extraña. Este es su bautismo de fuego; es el caos retador, que todos escalan por la senda de la muerte, preocupados, temerosos. Cada muchacho se enfrenta con el peor instante de su vida, solitario... Es una batalla que no admite descanso, una batalla contra todos nosotros...»

Porque, en efecto, se daba una batalla de violencia apocalíptica. La tierra se estremecía como machacada por un puño ciclópeo; se desgajaba en millares, millones, de trozos, esquirlas y cráteres. Los días sucedían a las noches, sin que la muerte, iluminada por el resplandor de todas las armas inventadas por los hombres, por las llamas de sus disparos, se cansa de segar vidas con su guadaña.

Y la batalla estaba finalizando con una derrota. Ernie, en el puesto de mando, la postrera noche de lucha, oía las malas noticias, las pérdidas y las muertes, atontado, mirando, sin verlo, al bote de café que tenía en la mano.

El coronel ordenaba retirada tras retirada. El enemigo estaba vaciando todo su poderío sobre ellos. Y, contra todas las leyendas, un novato no podía nada contra un buen veterano. Las trincheras eran barridas, y las pérdidas de hombres y de material incalculables.

Hubo un momento en que, de todo el regimiento, únicamente quedaba la compañía de Roberts y las secciones de Walker. Era una locura pensar que pudieran contener al enemigo.

Ernie se levantó de la piedra en que estaba sentado al ver entrar a Walker, demacrado, roto y barbudo, pero sin que hubiera perdido un ápice de su serenidad y valentía. Sin embargo, sus ojos, como notó el coronel, tenían un brillo extraño.

—¿Cómo va eso, Walker?—preguntó el jefe.

—Pues... seguimos aguantando; señor—informó el teniente—. Nuestro teléfono se ha estropeado. El capitán Roberts me ha enviado a ver si había algún... algún cambio de instrucciones... por... por si... bueno, para tratar de...

El coronel comprendió a qué se refería. De momento, no había orden de retirarse. Le aconsejó que descansase un rato. Walker retrocedió hasta la pared. Pyle se aproximó a él.

—Hola, Bill—le saludó.

—Hola, Ernie.

Pyle entregó a su amigo el café que se disponía a beber. Sonó el timbre del teléfono de campaña y el coronel se puso al habla. El general le ordenó que hiciese retroceder a los tanques a una cota de la retaguardia. Aquello sólo significaba una cosa: la retirada era inminente.

El coronel, volviéndose hacia su ayudante, exclamó:

—Puede usted echar sus papeles a la chimenea.

—¿Los quemo, señor?

—Aun, no.

Contemplaron cómo el ayudante apilaba los documentos en el hogar. De pronto, la puerta se abrió de golpe. Todos se sobresaltaron. Era Warnicki, mejor dicho, un autómatas llamado así, que entró mecánicamente en el puesto de mando, sin ver a nadie, pronunciando monótonamente el nombre de Walker.

—¡Aquí me tienes, Warnicki!—dijo el teniente.

—¡Jamás vi nada parecido! ¡Jamás vi nada parecido!—repitió el sargento, vacilando.

—¡Cálmate! — chilló Walker, sacudiéndole por los hombros—. ¡Cálma, muchacho, calma!

El coronel sacudió la cabeza. El sargento recobró poco a poco la percepción de la realidad y tartamudeó:

—Sus... sus tanques pe... pesados barrieron nuestras líneas... completamente... Completamente, señor. Tuvimos que abandonarlas. Aun quedan algunos hombres detrás de las colinas... Hice cuanto pude, señor... Cuanto pude.

Walker apretó con fuerza la mano de Warnicki. El coronel, desclavando el mapa de operaciones de la pared, indicó a su ayudante que había llegado la hora de quemar los papeles. Y agregó con amargura:

—Esta es la primera vez que he de retirar a mis hombres de un lugar. ¡Me gustaría saber cuándo vamos a empezar a ganar esta guerra!

Después de decir al telefonista que diese la voz de retroceder, salió llevando a los ocupantes del puesto consigo. Ernie descubrió a un soldado tendido en el suelo e iba a llamarlo, cuando el ayudante le avisó:

—Vamos, Ernie... Está muerto.

Días después, bajo un sol achicharrador, Ernie escribía:

«Muchachos americanos vencidos, vencidos y apabullados. Una de las pocas veces en nuestra historia. Ha sido una experiencia amarga y humillante, mientras que José McCloskey se preguntaba qué estarían pensando de él sus familiares en aquel momento.»

UN ALTO EN EL CAMINO

Pasaron los meses y las cosas fueron tomando otro sesgo. Las crónicas de Ernie Pyle se fueron haciendo más y más notorias, siempre dentro de su tónica de humana sencillez. Así logró explicar cómo aquellos soldados bisonños, que tan espantosas pruebas habían soportado, fueron transformándose en curtidos veteranos. La veteranía es algo mucho más esencial de lo que corrientemente, lejos de los frentes de batalla, se supone.

«Mientras analizábamos la primera derrota y las sangrientas victorias que hubo a continuación, comprendimos que solamente la experiencia en la batalla podía formar al soldado combatiente. Matar es algo muy duro, pero aquí hay que vivir y hablar con rudeza...»

La moral, pues, había cambiado de un modo asombroso. Ernie Pyle redactó lo siguiente:

«Cualquier día y cualquier hora, puede buscarse pelea en el Ejército discutiendo cuál es la mejor compañía. En un año he permanecido en muchos sitios y aprendido a estimar a muchos hombres. Sin embargo, hay un lugar especial en mi corazón reservado a los muchachos con quienes empecé. Todo el mundo pertenecía a una compañía y yo también creí tener la mía: la

compañía C del XVIII de Infantería. Siempre me pregunto qué será de «Wingless» Murphy, del sargento Warnicki, del teniente Walker y de un perrillo tonto y gracioso llamado «Árabe».

«Hace mucho tiempo que no les veo. Ahora voy en su busca. Sé que han tomado parte en grandes batallas: en la conquista de Sicilia, en los espantosos desembarcos de Salerno. Y sé que ahora siguen la duramente batida carretera hacia Roma.»

La compañía C avanzaba alegremente por la magnífica carretera de Roma. Los árboles proyectaban sombra, mitigando el ardor de los rayos solares. La bien asfaltada carretera se bifurcaba y la compañía entró en un camino vecinal, donde algunos «jeeps» estaban parados y sus conductores entregados al sueño. Los soldados se rieron de ellos, aunque demasiado sabían que la presencia de los vehículos por aquellos contornos significaba la inminencia de un combate.

—¡Oye, Dondaro!—gritó Murphy—. ¿Qué pueblo tomaremos hoy?

Su amigo, que marchaba en vanguardia, le respondió humorísticamente:

—«Ravioli».

—¿No tomamos ese ayer?

—No, aquél era San-no-sé-qué.

Cruzaron un puente, a la entrada del cual se veían los restos de un tanque destruido por la aviación. Walker, que marchaba con Warnicki a la cabeza de la columna, levantó un brazo y avisó:

—Bueno, muchachos. Rompan filas y descansen.

No fué necesario repetir la orden dos veces. Unos se tumbaron en el puente, otros se sentaron en las cunetas y otros, por fin, se agruparon, encendiendo cigarrillos y comentando las incidencias de la caminata. Formaron pabellones con los fusiles, los cascos rodaron por el suelo y se apilaron las mochilas.

Murphy apoyó la cabeza en un muslo de su inseparable Mew y se tendió cuán largo era, suspirando antes de cerrar los ojos:

—Cuando termine esta guerra, voy a comprarme un mapa para saber dónde he estado.

El descanso fué de corta duración. Una camioneta frenó en la vanguardia de la columna y el cabo, sentado junto al chofer, gritó:

—¡El correo!

Hubo una desbandada general hacia la camioneta. Un sargento arrojó al cabo el saco de la correspondencia; se subió a la parte trasera del vehículo y empezó a cantar el nombre de los afortunados que recibían cartas y paquetes, mientras los demás esperaban con ansiedad.

La alta figura de Walker se abrió paso hasta el sargento e indagó con el rostro tenso:

—Sargento, ¿no tiene usted nada para el capitán Walker?

El sargento leyó los nombres y meneó la cabeza.

—Lo siento, capitán; pero no hay nada para usted.

Hubo un momento de silencio, en tanto que Walker se alejaba de los soldados. Todos conocían la decepción que sufría su capitán cada vez que había correo y lo lamentaban, pues gozaba del afecto y de la admiración general.

Por último el correo estuvo repartido y la camioneta arrancó. Se rasgaron los sobres y se abrieron los paquetes, cuyo contenido se enseñaban unos a otros, o bien se leían las cartas.

Mew se dejó caer junto a Spencer, que, de una cajita de cartón, había sacado una abigarrada corbata. Spencer, mientras Mew tocaba la prenda, preguntó irónico:

—¿Verdad que es bonita?

Mew, que pensaba lo mismo que Spencer acerca de la utilidad de una corbata en aquella situación, dió la calada por respuesta. Después, tendió perplejo a su camarada el documento que había recibido.

—Oye, ¿qué es esto?—quiso saber.

—Tu póliza de seguros—le informó Spencer—. Has olvidado poner el nombre de los beneficiarios.

—¿Y qué es eso?

—La persona cuyo nombre pongas ahí, deberá cobrar los diez mil «pavos».

—Quieres decir que el que yo ponga aquí cobra...—repitió Mew como si hiciera un gran descubrimiento.

—Sí. Y será mejor que lo pongas antes de que entremos en el próximo fregado, si no quieres que se quede sin la pasta. Pon el nombre de tu madre y no te preocupes.

—Pero es que no tengo madre.

—Entonces el de tu padre—y al ver que Mew meneaba la cabeza, le aconsejó—: ¿No tienes ningún familiar? Pues pon el nombre de cualquiera. ¿No querrás que se pierda todo ese dinero?

Mew se separó, asombrado, de Spencer. Le asustaba poseer tanto dinero. Anduvo hacia Warnicki que estaba contemplando un paquete con aire meditabundo, escupiendo de vez en cuando el tabaco que mascaba. El soldado se arrodilló a su lado.

—Oiga, sargento, ¿qué le parece? Ayer no tenía un solo céntimo y hoy puedo tirar diez mil «pavos» como si nada...—y fijándose en el paquete del sargento, preguntó—: Bueno, ¿qué contiene ese paquete?... ¿Algo de comer?

—No lo sé aún.

—Pues ábralo. ¿Cómo va usted a averiguarlo, si no lo abre?

—Es una idea—aprobó Warnicki, escupiendo un trozo de tabaco.

Des hizo el paquete. Contenía un pequeño disco de fonógrafo y una carta, que ambos leyeron a la vez, haciéndolo Mew por encima del hombro del sargento. La expresión de éste se llenó de luz.

—Me lo envía mi madre—se puso en pie de un salto y explicó excitado a un grupo de soldados—. Mirad lo que ha hecho. Ha grabado en un disco la voz de mi hijo, la voz del chico. Aun no podía decir mamá cuando me marché.

—¡Córcholis!—exclamó Mew—. Pues oigámoles.

—Sí, pero ¿quién tiene una gramola aquí?

—Quizá tengan alguna en la próxima población — sugirió Mew.

—¿Sí? ¿Pues a qué esperamos? ¡Larguémonos ya!—chilló Warnicki, sintiéndose capaz de conquistar el solo media Italia.

Un «jeep» embistió al grupo, que se disolvió en un abrir y cerrar de ojos para no ser atropellado. El disco estuvo a punto de romperse y Warnicki fué dominado por una cólera tremenda. Avanzó hacia el automóvil con los puños cerrados y aulló:

—¿Por qué no conduce con más cuidado? ¡Apéese de ese «jeep» y verá cómo le rompo la cabeza!

El desafiado no se hizo repetir la indicación. Saltó del auto y se acercó a Warnicki, quitándose las gafas y preguntando:

—Pero, ¿qué te pasa?... ¿Cómo estás, Warnicki?

—¡Pero si es Ernie!—tronó éste, dándole un abrazo de oso—. ¡Eh, muchachos! ¡Es el tío pequeñajo!

—¡Es Pyle!—anunció Dondaro, corriendo hacia el periodista.

Le rodearon todos los soldados, haciéndole una infinidad de preguntas y destrozando su mano a fuerza de calurosos apretones. Ernie se sentía en la gloria. Aquella popularidad era lo que más estimaba. Poco a poco la conversación se hizo más congruente.

—Aquí estamos otra vez—se rió Benedict—. Cada vez que tú apareces hay una gran batalla. Lo mismo ocurrió en Túnez. Será mejor que reviséis las chapas, muchachos.

—Sí, así soy yo—aseguró orondo Ernie—. Siempre estoy comenzando guerras. Cada uno tiene que vivir de algo y yo he de tener materia para escribir.

Acogieron la broma con grandes carcajadas y siguieron conversando hasta que Walker cruzó el puente, indicando a los hombres que se prepararan a partir. Dejaron, pues, a Ernie solo. Entonces, éste anduvo hacia el capitán con la mano extendida y lanzándole una aguda mirada. El apuesto rostro de Walker parecía más severo y cansado que la última vez que le viera. Además, demostraba una gran amargura. Aquel joven espléndido estaba sufriendo por alguna causa ignorada. Se estrecharon las manos.

—Hola, Bill.

—Hola, Ernie.

—Ya veo que estás progresando—dijo éste, señalando las insignias de capitán.

—¿Lo dices por esto?—preguntó Walker lacónicamente, tocando las barritas de oro del cuello de su camisa.

—Te felicito.

—Gracias —contestó Walker encogiéndose de hombros—. Creo que me las han dado por haber vivido más tiempo que algunos otros.

Dichas estas palabras, que dejaron pensativo a Ernie, se puso a la cabeza de la compañía, y ésta empezó a desfilar a ambos lados del corresponsal. Cuando pasó Murphy, Ernie se cogió a su brazo.

—¿Cómo te va, Wingless?

—Hola, Ernie.

—¿Cómo va la aviación?

—Esos pájaros acabarán matándome—dijo Murphy, señalando a una escuadrilla de aviones norteamericanos que volaba sobre ellos.

—A mí también.

Ernie corrió hacia la vanguardia de la columna y, una vez junto a Walker, a quien dió un cigarrillo, alabó:

—¡Vaya! Ahora sois todo un equipo.

—¡Ya lo creo que somos un equipo!—dijo Walker con un brillo de animación en los ojos.

En las cercanías sonaba el tronar de un bombardeo. La batalla había empezado.

SAN VITTORIO

Los norteamericanos habían forzado la entrada de San Vittorio. No obstante, para atravesar el arco que daba paso a la parte principal del pueblo, batida por el fuego enemigo, fué necesario utilizar los tanques, detrás de los cuales se resguardaba la infantería.

A costa de algunas bajas y de la pérdida de un tanque, que quedó ardiendo bajo el arco, la compañía C logró que algunos de sus hombres se apostaran en un montón de ruinas y cubrieran la infiltración del resto de sus compañeros. Era necesario conquistar la iglesia, que, por su altura, dominaba todas las calles.

Walker hizo una seña a los primeros hombres entrados, y éstos, cubriéndose unos a otros con fusiles y armas automáticas, corriendo en zig-zag, lograron llegar a una especie de plazuela, desde donde resultaba más fácil distribuirlos por las calles.

La artillería y la aviación machacaron las partes ocupadas por uno y otro bando, lo cual dió un momento de respiro a los asaltantes. Se parapetaron detrás de las ruinas y esperaron a que amainara el diluvio de fuego.

Después, Walker corrió a una trinchera, practicada en una plazoleta, con Warnicki, Ernie y alguno de sus hombres. Los

fusiles alemanes lograban blancos espléndidos. El estallido de las bombas, de mano y el crepitar de la fusilería indicaban el avance de los norteamericanos por otros puntos.

La lucha era individual, casa por casa. Los soldados se agnupaban a capricho y hacían fuego contra las ventanas y las puertas de los edificios semiderruidos.

—Cuando uno es de Infantería, no hay manera de llegar a la edad madura—comentó un infante lanzando una bomba, que enmudeció a una ametralladora.

Walker se hizo cargo de la situación. La plazoleta servía de arranque a una ancha calle, sembrada de escombros, en medio de la cual se alzaba un monumento y, en el fondo, la iglesia desde cuyo campanario les hacían disparos mortíferos.

Si lograba dominar las esquinas de las calles transversales, daría otro sesgo al ataque, cogiendo a sus enemigos por secciones. Tenía a todos sus hombres colocados en una posición paralela a la fachada de la iglesia, de aquí la conveniencia de llevar adelante el plan indicado. Sin embargo, cruzar la plazoleta, atravesando el lugar despejado y batido por las armas automáticas, significaba mandar a la muerte a muchos soldados. Pero, como no había otra alternativa, se decidió.

—Remontad la calle—mandó.

Sus hombres eran veteranos y podía confiar en ellos. Dió una palmada en el hombro del soldado que estaba junto a él y éste saltó hacia el monumento. Tableteó un fusil-ametrallador y el hombre se desplomó inerte.

Insistió, pero cambiando de táctica. Hizo que los soldados disparasen contra las ventanas, puertas y aberturas de las casas y de la iglesia, y su metralleta, lo mismo que la de Warnicki, escupió plomo. Así tuvo a dos soldados apostados en el monumento; Dondaro, con su fusil-ametrallador, fué el tercero. A unos seis metros de esta avanzadilla había un montón de ruinas y, poco más allá, la esquina de la primera calle perpendicular. Pero desde este sitio el fuego era muy tenaz.

—Parecen obstinados—comentó Pyle, sujetándose bien el casco.

—Lo son y hacen bien en serlo— respondió, amenazador, Walker.

Dondaro se levantó pausadamente y apretó el gatillo de su arma, mientras sus dos compañeros se corrían a la izquierda. La maniobra del donjuanesco soldado fué certera. Sus amigos llegaron al puesto elegido de antemano y, además, silenciaron a tres tiradores, quedando así un punto muerto en lo que al fuego se refería.

A través del polvo arrancado por los obuses y de las llamas de los incendios, los norteamericanos se movían y adelantaban como engendros dantescos. Walker agrupó a algunos hombres más y los mandó en seguimiento de Dondaro, tras lo cual les dejó en libertad de hacer lo que quisieran. La iglesia era el objetivo del capitán. Ernie se separó de él y se trasladó a otros lugares en que la lucha era más violenta.

Dondaro y sus dos camaradas habían progresado bastante. Después vieron interrumpido su avance ante una casa sobre cuya puerta colgaba un letrero destruido, que, en tiempos más pacíficos, había indicado a los viandantes la proximidad de un bar. Frunciendo los labios, Dondaro ordenó a sus amigos que dispararan contra las ventanas y, en tanto que así lo hacían, él reptó hasta el muro del antiguo bar. Se puso de rodillas, preparó una bomba de mano, contó hasta tres y la arrojó por la ventana al interior del edificio.

Una detonación sorda, acompañada de una columna de humo, fué la inmediata contestación a aquel acto. La casa quedó extrañamente silenciosa, en medio del estruendo ensordecedor que abarcaba a todo el pueblo. Dondaro inspeccionó la ventana de soslayo y luego entró en el edificio con el fusil-ametrallador apercebido.

Abrió de una patada la puerta de una habitación y se paró boquiabierto, mientras el corazón le daba un salto. Ante él tenía a una hermosísima joven, que le miraba espantada. Dondaro en seguida reaccionó y se despertaron sus instintos donjuanescos. Avanzó en la habitación medio derruida, diciendo:

—¡La tierra de promisión!... ¡Hola, nena! —y agregó en

italiano—: Mis huesos me han estado diciendo siempre que tú me esperabas aquí, encanto.

—¿Tú eres italiano?—le preguntó la joven—. Hablas muy bien el italiano.

—Sí, soy de Brooklyn... Soy un regalo para las mujeres italianas. Un oficial de enlace. Tu primo en décimo grado.

—¡Hablas mi lengua!—exclamó la joven, tranquilizada.

Dondaro notó su buena disposición y se sintió en la gloria.

—Escucha, mi vida, aunque fuera tonto sería capaz de hablar tu lengua.

La joven sonrió seductoramente, y Dondaro se dijo que había llegado el momento de hacer algo. Pero una baía entró zumbando en la habitación e hizo añicos un trozo de espejo. Era la voz del deber. El tierno corazón de Dondaro se rebelaba ante la idea de abandonar aquel don del cielo, pero hubo de someterse.

—¡Condenada guerra! Parece que estuvieran llamándome —gruñó, abriendo la puerta.

—¡Oh, no! ¡No te vayas!—suplicó la muchacha.

—Te prometo, mi vida, que esto me duele más que a ti —aseguró con una deslumbradora sonrisa—. Pero regresaré, no te preocupes. Tú me esperarás aquí, ¿eh?

Accedió ella y Dondaro desapareció como si tuviera alas en los pies.

Walker y Warnicki estaban atrincherados en un montón de escombros, ante el cual había una columna carcomida por los balazos. De vez en cuando, en un hueco del campanario aparecían algunos cascos alemanes, cuyos propietarios cambiaban disparos con los norteamericanos. En el resto de la población, apenas si tronaba de tarde en tarde algún cañonazo o se escuchaba alguna descarga de fusilería.

—Vamos a esa iglesia, Warnicki—propuso Walker.

—Está bien. Aguarde un momento—suplicó el sargento, depositando el disco en una cornisa—. Tú quédate aquí, hijo. Papá volverá en seguida.

Walker esperó a que asomaran las cabezas de los alemanes. Warnicki apretó el gatillo de su metralleta y las balas barrieron

el hueco del campanario. Segundos después, ambos hombres se encontraban detrás de un monumento. Veinte metros hasta la iglesia. Dos certeras ráfagas enmudecieron a los alemanes. Entonces, Walker arrojó una bomba de humo y, escudado en ella, entró en la iglesia, arrodillándose detrás de un pilar.

Desde esta posición hizo fuego, matando a dos enemigos. Otros ocultos cerca del altar sufrieron igual suerte. Llamó a Warnicki y observaron el dismantelado recinto sobre el que gravitaba un peligroso silencio.

Walker insultó a sus contrarios y obtuvo respuesta. Todavía existían algunos emboscados en alguna parte imposible de descubrir. Walker avanzó cautelosamente. De un rincón surgieron unos soldados alemanes, en los que la metralleta de Warnicki encontró un blanco fácil. Los norteamericanos volvieron a proferir insultos, pero esta vez sin respuesta. Paulatinamente fueron adquiriendo confianza y recorrieron la dismantelada nave de la iglesia.

—Bonito sitio para estar matando hombres, ¿no es cierto?
—comentó Warnicki.

Y se arrodilló al pie del altar, se santiguó y musitó una oración, mientras su capitán le contemplaba. De repente, silbó un proyectil, derribando el casco del argentino. Este se puso en pie como si le hubiera picado un áspid y disparó, al unísono que Walker, contra dos alemanes escondidos en el sifio donde pendían las cuerdas de las campanas. Uno de ellos cayó mortalmente herido. El otro, con suma vitalidad, intentó descender por la cuerda de una campana, que sonó al recibir su peso. Los norteamericanos prosiguieron apretando el gatillo...

La campana sonaba, sonaba, sonaba... Al fin, el alemán se soltó y se desplomó contra el suelo, mientras la campana seguía tañendo sobre la población silenciosa.

La batalla de San Vittorio había concluido.

IMITACION DE LA PAZ

San Vittorio había sido conquistado. Las tropas desfilaban a través de él, acompañadas de los vítores y aclamaciones de júbilo de sus habitantes. Habíase abierto una nueva puerta para el camino de Roma. En diferentes lugares de la población se distribuían viveres entre los hambrientos.

La compañía C, sobre la que había pesado lo más duro del combate, reposaba entre las ruinas de un gran edificio. Unos curaban sus heridas y otros dormían, cosían sus ropas o tomaban, simplemente, el sol, relajando sus nervios gracias a conversaciones humorísticas.

—Si esta guerra no acaba conmigo, los pies me matarán—gimió Dondaro, frotándose la parte aludida.

—Parece que tenga cuarenta y cinco años—gruñó Warnicki, estirándose hasta hacer crujir su enorme musculatura.

—A mí también me lo parece—agregó Ernie, que estaba sentado apaciblemente; y agregó pensativo—: Pero es porque casi los tengo.

—¿Qué edad tiene usted?—curioseó Mew.

—Cuarenta y tres.

—Yo veintiséis—comunicó Dondaro—. Si yo supiera que ha-

bía de llegar a los cuarenta y tres, no me preocuparía por nada en el mundo.

Ernie meneó la cabeza en señal de duda, diciendo:

—También te preocuparías. Te pasaría lo mismo que a mí, que me preocupo pensando si llegaré a los cuarenta y cuatro.

Esta observación filosófica les dejó muy pensativos, pero sólo durante un instante. Estaban demasiado fatigados para prestarle demasiada atención. Sonó un suspiro formidable. Se debía a Murphy que se disponía a reposar. Era célebre por su capacidad para dormir en todas las ocasiones; batía todas las marcas habidas y por haber.

Llegó Ross, corriendo y jadeando, y gritó, jubiloso:

—¡Eh, muchachos, tenemos un descanso de doce horas!

Lanzaron un chillido de júbilo y se prepararon a disfrutar aquel providencial lapso de tiempo. Dondaro se levantó con tanto ímpetu que chocó contra Ross.

—¡Deja de empujarme!—chilló, desapareciendo a toda velocidad.

Se quedaron boquiabiertos ante tan repentina reacción. Ross se rascó el cogote, preguntando:

—Pero, ¿adónde va ese calabazota?

—No lo sé, pero yo me voy a dormir—declaró Ernie, recogiendo sus mantas y alejándose.

Warnicki escupió un poco de tabaco y también se marchó. Apareció Spencer con grandes muestras de prisa, que alarmaron a los presentes. El recién llegado sacudió a Murphy para que se despertase; no lográndolo, empleó el procedimiento más rudo y eficaz de darle unas patadas.

—¡Murphy!... Aquella enfermera tuya del pelo rojo está aquí... Ya sabes cuál: tu prometida.

Murphy alzó un párpado y cruzó las manos en la nuca:

—¿Qué dices?

—¡Vaya suerte que tienes!—envidió Ross—. Mira que encontrar aquí a la chica con quien uno se prometió en nuestra patria.

El sueño de Murphy se disipó parcialmente al oír este comentario. Se incorporó apoyándose en un codo y dijo a Mew:

—Oye, ¿has oído? Mi bien amada está aquí, en este pueblo.

Y, habiendo hecho este esfuerzo supremo, se quedó dormido como un leño, sin hacer caso de la desaprobación de sus insomnes camaradas.

La ducha, a la que se trasladaron inmediatamente, consistía en un armazón de madera, dividido en compartimientos, desde cuya parte superior arrojaban agua caliente sobre los soldados. El tiempo que se les concedía era muy escaso: tres minutos. Un sargento vocinglero, bien vestido y cargado de medallas, dirigía la estratégica operación, asegurando altivo que aquello no era un balneario.

Mew, Spencer y los demás, que sostenían en brazos al dormido Murphy, se apelotonaron desnudos en el pasillo fronterizo a los compartimientos. Mew preguntó al nuevo oficial con irónica admiración, señalando a sus condecoraciones:

—Oiga, sargento, ¿qué medallas son esas?

—¿Esto?—preguntó el sargento con condescendencia.

—Sí, los colorines.

—Pues el amarillo es por la Defensa Nacional; el rojo y blanco, por buena conducta, y la más bella de todas, la multicolor, por estar en este teatro de operaciones.

—¿De veras?—exclamó Mew, como abrumado por sus méritos.

—¿Sabe algún cuento de guerra, sargento?—preguntó, burión, un soldado.

—Claro. Es más, yo conozco... —pero el sargento se interrumpió al percatarse de que le estaban tomando el pelo— ¡Andando! ¡Vamos! ¡Ya han pasado los tres minutos!

Entraron en la ducha y empezaron a enjabonarse. Súbitamente, Spencer dejó de frotarse al mirar a Murphy, apoyado en una de las pilastras de madera.

—¡Eh, fijaos en Murphy!... ¡Se está durmiendo de pie!... ¡Eh, Murphy, despierta! ¡Este es tu gran día!

Le sacudieron sin resultado alguno; Mew le dió unos cachetes

y, por último, hubieron de ponerlo bajo un chorro de agua fría. Murphy jadeó asombrado y exclamó, siguiendo sus sueños:

—De acuerdo, chico. Si Red quiere hacer esa apuesta, yo le veo las cartas.

Sonó el pito y tuvieron que sacarle arrastras de la ducha. Se había vuelto a dormir.

Warnicki —lento, pero seguro— interrogaba a todos los habitantes de San Vittorio para que le indicasen donde podía hallar un fonógrafo. Sus investigaciones resultaban inútiles, no sólo porque no entendían el inglés ni él el italiano, sino porque sus ademanes, acompañados de desafinados cantos, eran mal interpretados.

Por un momento tuvo la esperanza de conseguir la ansiada gramola, al acercarse a un grupo de hombres y de mujeres. Casi chilló, cuando aquellos benévolo y serviciales ciudadanos, después de atender a «Arabes», que no se apartaba del sargento, entonaron el «¡Oh, Marie!».

Desesperado, hizo girar el dedo índice de la mano derecha sobre la izquierda. Una mujer lanzó una exclamación de comprensión y entró en una de las casas cercanas. Warnicki dijo al disco:

—Esta tiene lo que busco. ¡Por fin vamos a poder oírte, chico! ¡Ya era hora!

Pero la mujer regresó con un molinillo de café. Warnicki se alejó lo más aprisa posible, porque empezaba a perder la paciencia.

Murphy, sin salir de su sopor, estaba en manos de sus amigos, que, tras vestirse, le limpiaban las botas y le afeitaban. Spencer, a cuyo cargo corría lo último, pegó una patada al suelo y miró cariacontecido a la maquinilla que utilizaba.

—Todo el pueblo debe de haberse afeitado con este trasto.

Entró Jacob, con el uniforme limpio como todos los presentes, y dió una palmada en la espalda de Murphy, anunciándole con la más exquisita de las cortesías:

—Todo está arreglado a gusto de la princesita.

Spencer pegó dos trozos de esparadrapo a las señales dejadas



Aquella popularidad era
lo que más estimaba.



La compañía Cavascha
alegramente por la magní-
fica carretera.



Algunos de sus hombres
se apostaron en un montón
de ruinas.



—Verdad que es bonita?



Se distribuían víveres entre los hambrientos.



Warnicki fue dominado por una cólera tremenda



Dió cuerda, con infinitas precauciones, al antiquado artefacto.



Los norteamericanos
habían forzado la entrada
de San Vitorio.



Murphy y su novia avanzan, escoltados por Enie y Mew.



Los soldados se agrupan a capricho y hacen fuego contra las venanas.



—Acabo de regresar. ¡Capitán!



Sus amigos llegaron al
puesto elegido de ante-
mano.



—Acabas de ganar el premio Pulitzer



Walker arrojó una bomba de humo y entró en la iglesia.



El capitán Walker ajusta
la merralleta con-
tra un teniente



Al otro lado de Monte
Casino.

en el rostro de Murphy por la maquinilla de afeitar y, ayudado por Jacob, puso en pie al novio, ordenando de paso:

—Traed a Ernie. El es quien acompañará a la novia.

—Sí. Así saldréis en las notas de sociedad del periódico —aprobó Mew, desapareciendo.

—Avisad también al capitán — gritó López—. Es de los buenos.

Pyle estaba acostado junto a una pared. Al recibir un manotazo nada suave de parte de Mew y al oírse llamar por éste, se volvió malhumorado y abriendo los ojos con grandes apuros.

—Despierta—le suplicó Mew—. Te necesitamos. Red quiere que entregues la novia.

—¿Y para qué voy a entregarla? Yo aprecio a Red.

Su cabeza descansó de nuevo en la piedra que le servía de almohada. Pero Mew, despiadado, le zarandeó:

—Vamos, no vuelvas a dormirte.

—¡Déjame en paz!—gimió Ernie—. Del único modo que me separéis de aquí será con una cama.

—Si fuera necesario, lo haríamos—dijo Mew.

Sonó la sirena de una ambulancia, que frenó a escasos metros de Pyle. De ella saltó un grupo de soldados, que, provistos de una camilla, se acercó amenazador al corresponsal. Este no quiso levantar los párpados, pero notó que era colocado sobre algo bastante más blando que el suelo. Sus protestas no produjeron efecto.

Mew, mientras seguía a la camilla, apuntó algo en su póliza de seguros.

Warnicki, en el entretanto, había descubierto en una casa, a la que una bomba había partido por la mitad, una gramola. Después de dejar a «Arabex» en el suelo, dió cuerda, con infinitas precauciones, al anticuado artefacto. ¡Iba bien! Miró como hipnotizado al platillo, que giraba y giraba... Era maravilloso, increíble. Escupió. Notó que su corazón palpitaba y se sonrió.

—¡Funciona! ¡Vaya! ¿Qué te dije?—preguntó a «Arabex», que agitó alegremente su colita—. ¡Funciona!

Lentamente, con infinitas precauciones, sacó del interior de

la cazadora el disco. Lo llevaba envuelto en una gruesa tela para evitar que se rayase. Con igual parsimonia lo colocó en la espiquilla del platillo del gramófono, se frotó las manos y...

—¡No tiene aguja!—exclamó.

Estaba desalentado. La suerte le había abandonado. Pero no, no; aun le acompañaba. Al vagar sus ojos llenos de desesperación por los muebles destrozados de la habitación, vió brillar algo en un trozo de tela que había sido una colcha... ¡Un imperdible!

Los gruesos dedos de Warnicki lo desprendieron con sumo cuidado, lo doblaron y volvieron a doblar, hasta que la fina punta del imperdible se rompió, adquiriendo así un aspecto aproximado al de una aguja de gramófono. La sujetó el sargento y otra vez se frotó las manos. Dijo a «Arabe»:

—Ya está. Ahora va. El cachorrillo va a hablar con su papi.

Puso en marcha el platillo y depositó la aguja en él. Del altavoz del gramófono brotaron unos sonidos incomprensibles, gángosos, que horripilaron a Warnicki. Vencido por una rabia impotente, apartó la aguja del disco.

—Funciona al revés... ¡Pues sí que estamos...!

De la calle subieron hasta él las notas de una canción que en su patria cantaban los mozos al acompañar a los novios a la iglesia.

—¡Eh, Warnicki!—gritó Spencer—. ¡Vamos! Murphy va a casarse.

—¡No fastidies!—exclamó Warnicki, dando un manotazo al aire.

De todas formas, recogió y envolvió el disco, capturó a «Arabe» y, sujetando la gramola con su brazo izquierdo, emprendió el descenso. Poco después acompañaba al cortejo matrimonial, con el más raro bagaje que se había visto en el ejército norteamericano: un perrillo y un viejo gramófono.

Los novios y sus amigos se detuvieron ante el pastor que iba a celebrar la boda. Este esperaba en la iglesia arruinada, revestido de los atributos sacerdotales de campaña. Murphy y su novia avanzaron, escoltados por Ernie y Mew. Los demás se quitaron

los cascos y guardaron un emocionado silencio. La escena tenía una solemnidad extraña, casi sobrenatural.

El capellán, tras un breve rezo, dijo en voz alta:

—Señor Nuestro Todopoderoso, nos encontramos reunidos ante Vos y en vuestra compañía con objeto de unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio. ¿Quién entrega a esta mujer para que sea desposada con este hombre?

Ernie estaba sumido en sus pensamientos y no oyó la pregunta. Fué necesario que Spencer le diera un codazo para que saliera de su abstracción. Miró sobresaltado en torno suyo.

—¿Quién entrega a esta mujer para que sea desposada con este hombre?—repitió el capellán.

—Yo, padre—contestó el periodista.

Murphy y su prometida se dieron la mano y avanzaron hacia el sacerdote, que empezó a leer las frases rituales del matrimonio, repetidas por Murphy.

Los que presenciaban la escena reaccionaban ante ella de acuerdo con sus caracteres o disposición de ánimo. Los más estaban hondamente impresionados y contentos; Mew contemplaba a la pareja con aire paternal; Ernie pensaba en el valor de aquellos jóvenes; otros repetían para sí las palabras de la bendición y de las promesas matrimoniales. Unicamente el capitán Walker semajaba estar ajeno al sentimiento general, no por envidia, sino por algo más hondo, que le hacía arrugar la frente con amargura y sarcasmo.

El zumbido del motor de un avión de bombardeo fué captado por su oído. Algunos levantaron la cabeza hacia el cielo.

—Que no sea permitido que aquellos a quien Dios ha unido para siempre sean separados... ¡Todos a tierra!

Este aviso del capellán coincidió con el ominoso silbido de las bombas al desprenderse del avión. En un parpadeo, los presentes se echaron de bruces al suelo, chocando contra los cascos que lo alfombraban. Las bombas estallaron, haciendo retemblar sus cuerpos...

—Hará... —dijo Murphy, incorporándose—. Hará falta un hombre mejor que ése para separarnos a nosotros.

Cogió a su esposa entre sus brazos y cambió con ella el beso matrimonial. Todos se lanzaron hacia la pareja, que era felicitada por el sacerdote, vocando sus parabienes y luchando por ser los primeros en estrechar sus manos.

Se formó el cortejo, que atravesó el pueblo, cantando.

—Procesión... ¡alto!—mandó Mew, y volviéndose hacia los recién casados, anuncióles:—¡Bueno, chicos... Es para vosotros.

Era una camioneta limpia y adornada, con un letrero que declaraba la condición de «pinchoncitos» de Murphy y de Isabel, dispuesta por los soldados de la compañía C. Los novios lanzaron una exclamación y Murphy balbuceó azorado:

—Muchachos... De veras os lo agradezco.

Y cogiendo a su esposa en brazos, entró en su «hogar». José tocó una armoniosa canción en su guitarra. Los soldados miraron a la camioneta, que para ellos simbolizaba sus casas y costumbres, diciéndose si llegarían alguna vez a ser actores en una ceremonia parecida. Warnicki lanzó un tremendo suspiro y preguntó con aspereza, dando media vuelta:

—Bueno; pero, ¿qué diablos estáis mirando tanto! ¡Vámonos!

Algunos le obedecieron inmediatamente; otros, en cambio, esperaron hasta que José hubo concluido su canción... Finalmente, Ernie se quedó solo, dominado por las más dulces y tristes ideas del mundo...

MONTE CASSINO

La compañía C abandonó San Vittorio iluminada por la gris y fría luz de un amanecer desapacible. Los hombres, aun amodorrados, caminaban en silencio. El ejercicio les hizo recobrar pronto su animación.

Dondaro llegó corriendo a incorporarse a su compañía enseñando sus blancos dientes en una deslumbradora sonrisa, como gato que ha comido un succulento ratón. Spencer dedujo que se había divertido bastante y le preguntó:

—Dime, Dondaro, ¿qué poder tienes sobre las mujeres?

Su amigo lanzó una carcajada de satisfacción y se puso al lado de Murphy y de Mew, que andaban muy pensativos.

—Pero, ¿qué os pasa? Parecéis fatigados—se burló el donjuanesco infante y dijo a una fotografía que sacó de su bolsillo—: Buenos días, querida.

A medida que pasaba el día, la preocupación de los soldados y del capitán Walker aumentó. Eran la vanguardia de las tropas norteamericanas y, como es natural, esperaban hallar alguna resistencia en su avance. Y, sin embargo, no ocurría así. La carretera y sus alrededores estaban anormalmente tranquilos. Aquello no era lógico.

—No me gusta esta quietud—confesó Walker a Ernie, cuando el sol ya estaba alto.

—Puede que hayan hecho una retirada hasta Roma—opinó, por decir algo, Ernie.

—¡Hum!—gruñó Walker para indicar que lo dudaba.

—A este promedio, llegaremos a Roma en tres días — dijo López.

Pero todos menearon la cabeza. Lo dudaban. Los alemanes eran unos magníficos soldados, tenaces y capaces de disputar el terreno palmo a palmo. Hasta entonces lo habían hecho así. ¿Por qué, de pronto, iban a cambiar de conducta, tanto más cuanto la pérdida de Roma sería para ellos un golpe mortal?

Finalmente, al entrar por un camino lateral, vieron, sobre la cima de una montaña que dominaba toda la comarca, la silueta grandiosa de un monasterio.

—Bueno, muchachos, dispersaos—mandó Walker.

En tanto que los soldados se desparramaban y tomaban posiciones detrás de unas estribaciones de la gran montaña, Walker estudió con sus gemelos el enorme edificio y meneó la cabeza, meditabundo.

—Fíjate en el viejo monasterio—dijo a Ernie—. Tan apacible, que nadie diría que hay una guerra ni a mil millas a su alrededor.

—Ni siquiera a mil años—aseguró Ernie, apartando los gemelos de sus ojos.

—Bueno, puede que tengas razón y que los alemanes se hallen ya en Roma—murmuró Walker—. Sin embargo, no lo entiendo. Si quisieran hacerse fuertes aquí, nos lo haría muy difícil...

No llegó a completar la frase. Los muros del monasterio se encendieron en llamas y detonaron con un gigantesco estallido. Los obuses reventaron antes de que muchos de los soldados de la compañía estuvieran sobre aviso. Algunos norteamericanos fueron heridos y muertos. Los demás se agazaparon en las desigualdades del terreno para esquivar la masa de plomo que les caía encima.

El bombardeo de la artillería no amainaba. Walker llamó al

soldado de transmisiones y, con el teléfono de campaña, se puso en comunicación con el Estado Mayor de su división.

—Póngame con el control de artillería... Hola, Pete; soy Walker. Has visto ese edificio en la cima de la montaña?

—¿El monasterio?

—Dale ese nombre si quieres—contestó Walker—, pero yo le llamaría, en términos militares, un puesto de observación. Si no queréis que nos maten a todos, será mejor que le deis una pasadita.

—No puedo. Tengo órdenes contrarias. Es un centro religioso.

—¿Te suena esto a religión?—preguntó Walker, irónico.

Y apartando el auricular de su boca, permitió escuchar a Pete el furioso concierto de detonaciones, silbidos y lamentaciones de los heridos. Pete abandonó de un salto su mesa de trabajo y se dirigió velozmente a ponerse en contacto con sus superiores.

Pero todo fué inútil. Los bien intencionados escrúpulos del Estado Mayor salvaron al «puesto de observación» de la acción de la artillería. La compañía C fué destinada a vigilarlo y así quedó interrumpida la marcha sobre Roma. Los días pasaron. Llegó la estación de las lluvias sin que nada cambiase, excepto la situación de los soldados.

Las trincheras y chavolas de la compañía C estaban convertidas en un barrizal, a través del cual se movían los hombres como entes de pesadilla. Las patrullas se sucedían. Las bajas eran incalculables.

Pasadas varias semanas sin que se hiciera frente a aquel estado de cosas, los soldados tomaron sus disposiciones para pasar el invierno. Ernie aprendió a manejar la pala y el pico para proteger su vida. Ahondó su chavola y, tras muchos días de trabajo, meneó la cabeza y dijo a Ross, que le auxiliaba:

—Supongo que esto podría ser más profundo.

—Sí, creo que vamos a necesitar una residencia permanente en este lugar.

Se callaron al ver salir a Dondato, Spencer y a otros de la chavola que había construido su pelotón. La moral de sus ocupantes se había resentido notablemente con la inactividad y el pre-

sentimiento de que iban al matadero cada vez que patrullaban por las cotas.

—¡Patrullas, patrullas, patrullas!—rezongó exasperado Spencer—. Una patrulla más y me volveré loco.

—Verdaderamente, me sentiría algo más seguro si ese monasterio no estuviera ahí arriba, sobre nosotros—respondió Dondaro, como indicio de que también comenzaba a perder su inalterable buen humor.

Se alinearon detrás del sargento Warnicki, que ya conocía aquellos lugares como la palma de su mano, y emprendieron el ascenso, chapóteando cansinamente en el barro.

Horas más tarde, Warnicki se deslizaba en la chavola del capitán Walker para dar su parte. Walker volvió su despeinada cabeza hacia el sargento y arqueó las cejas interrogativamente. Warnicki ya se había endurecido, así que su voz no tembló al anunciar:

—Acabo de regresar, capitán. Localicé un fuego graneado de armas cortas en la cota 457 y fuego de mortero en la 793. Terrible fuego de artillería, pero no pude localizarlo —hizo una pausa y añadió—: Mataron al teniente Josephs, a Spencer y a Trenton. Michaelson fué herido en un brazo, pero he podido traerle hasta aquí.

Reinó un gran silencio, mientras el capitán hundía la barbilla en el pecho. Luego, muy lentamente, tornó a alzarla, diciendo:

—Bien, sargento, mejor será que coma algo.

Se marchó Warnicki y Walker habló al teniente recién incorporado a su compañía.

—Tome usted el mando de la sección de Josephs.

—Bien, señor—respondió el teniente, arrastrándose hacia la entrada de la chavola.

—¡Ah!...—exclamó Walker—. Si el teniente Josephs tenía objetos personales, tráigamelos, ¿quiere?

Después, tristemente, buscó entre sus documentos el parte de bajas.

La entrada de Warnicki en su chavola no fué tan emocionante como otras veces. Dondaro ya les había informado de la muerte

de Spencer. Todos callaban. El sargento se quitó las cartucheras, la gabardina y depositó su metralleta en un rincón. Después estiró los brazos, gimiendo:

—¡Cómo me duele la espalda!

Se sentó en su camastro, destapó el gramófono, puso en él el disco, dió cuerda, masticando tabaco sin cesar. Los ocupantes de la chavola le contemplaban con ansiedad. Hubieran dado cualquier cosa a cambio de que el disco sonase. Unicamente Dondaro, tumbado cómodamente sobre sus mantas, parecía un poco ajeno a las manipulaciones del sargento. Miraba los numerosos retratos de mujeres que había clavado en la pared. Una gota de agua le cayó en la mano y suspiró, interrumpiendo sus agradables ensueños:

—Deberían avisar al lampista.

Una pausa. El sargento se frotaba las manos, sin decidirse a poner en marcha el gramófono. Su curtido y barbudo rostro tenía una esperanzada expresión. Murphy, que yacía en el suelo, murmuró:

—Desde luego, quizá sea absurdo decir esto, pero algunas veces, cuando descanso así, gozo solamente con respirar.

Los demás inclinaron la cabeza en señal de que estaban de acuerdo con él. Mew se levantó y ofreció un bote al sargento, diciendo:

—¿Café de Java, Steve?

—No.

El disco giró. Todos miraron al sargento. El altavoz emitió un sonido discordante y burlón. Warnicki, sin impacientarse, lo detuvo. Algún día sonaría, oíría a su hijo: conseguiría lo más grande de su vida. Los cañones del monasterio empezaron a rugir de pronto; algunos cascotes se desplomaron en la chavola de Warnicki, arrancados por la vibración.

—Ya está el monasterio otra vez—masculló Murphy—. Todo el mundo sabe que está siendo empleado como puesto de observación... ¿Por qué no lo bombardean?

—Yo soy católico y reconozco que no hay más remedio—dijo López.

—No digas eso, hermano—le reprochó Dondaro.

—Tengo una mujer y un hijo—replicó López—. ¿Crees que deseo morir por unos trozos de piedra?

Silencio. Escucharon el cañoneo. Dondaro se encogió de hombros y lanzó una ojeada a las fotografías, comentando con satisfacción:

—¿Por qué no seré un pato Donald en vez de ser tan guapo?

EL ASALTO A MONTE CASSINO

Días después, llegaron los ansiados refuerzos. Los soldados de la compañía C los recibieron sin gran entusiasmo, estudiando con curiosidad los rostros de sus colegas, a pesar de que significaban un alivio de su constante patrullar. Walker estaba con Ernie en su chavola y salió con él para conocer a aquellos jóvenes enviados al sacrificio. El capitán ordenó sobriamente que se alineasen y después dijo:

—Los primeros cuatro, al primer pelotón; el sargento Warnicki les conducirá a sus habitaciones. Los seis siguientes, al segundo pelotón; el cabo cuidará de ustedes. El resto de ustedes sigan al teniente Haenkins, que reemplazará al teniente Henry. Tercer pelotón: tire a la derecha, pasada la mansión, descienda la colina y luego a la izquierda. Eso es todo... ¡En marcha!

Los recién llegados se asustaron al ver que cubrían tan grande número de bajas. El aire fatigado de los veteranos contribuyó a amedrentarles más aún. Warnicki puso en fila india a sus hombres, a quienes preguntó:

—¿Alguno de ustedes sabe arreglar un fonógrafo? —al no recibir respuesta, gruñó—: Siempre me toca la flor y nata del Ejército.

El enemigo había descubierto los refuerzos y empezó a hacer fuego contra ellos. Los novatos se precipitaron de bruces al suelo, sin preocuparse de los charcos ni del barro.

—¡Córcholis!—exclamó uno de los recién llegados—. ¡Qué bromas más pesadas gastan por aquí!

Y aquello sólo era una muestra. Al anochecer un grupo de hombres sombríos, entre los que iban Warnicki, López y Murphy, atendía a las explicaciones del capitán.

—Buena, sincronícemos nuestros relojes—dijo éste, e indicó—: Usted acompañará al sargento Warnicki, teniente. El conoce el terreno. ¡En marcha!

—De acuerdo—contestó el flemático sargento—. Andando. Murphy, que iba el penúltimo de la patrulla, puso a «Árabes en brazos de Ernie y le acarició, despidiéndose:

—Adiós, «Árabe».

—Buena suerte—deseó Ernie.

El pelotón chapoteó en el barro y se hundió en la sombra que le esperaba a la salida del parapeto. Ernie entró en la chavola de Warnicki y acarició al perrillo, que gemía inquieto.

Más allá, emboscado en las tinieblas, que también cobijaban a sus enemigos, esperaba el monstruo de la destrucción, con sus garras prestas a destrozbar sus cuerpos, cansados, hambrientos y ateridos. Cada paso que avanzaban, les costaba un esfuerzo violento de voluntad, y muchos de ellos se preguntaban si quizá no sería mejor entregarse a lo inominado, a aquello que les separaba y que tantas veces habían esquivado en otras batallas. Mientras tanto, en lo alto, se oía el disparo ocasional de algún fusil, cuyo fogorazo chisporroteaba en las tinieblas; la detonación que lo seguía parecía, una vez extinguido el eco, haberse producido únicamente para aumentar el abrumador silencio en medio del cual se movían.

Los pocos que habían presenciado la partida lanzaron un suspiro, se encogieron de hombros y entraron en sus chavolas sin pronunciar ni una palabra. El periodista, con las manos en los bolsillos, esforzó sus ojos a horadar la niebla, hasta que las pupilas le escocieron. La irrealdad de aquella sorda tragedia, lo inverosí-

mil de que aquello pudiera sucederle a él, a Warnicki, a Walker, a cualquiera de aquellos hombres a los que había llegado a conocer en sus tristezas y alegrías, dolores y goces, actos heroicos o momentos de pánico cerval, alcanzaba en su mente no ya categoría de pesadilla, sino de visión dantesca, para borrar la cual era y serían vanos todos sus esfuerzos, si no luchaban contra ella como contra un enemigo tangible, corpóreo, como los mismos alemanes. Pensando en que tal vez éstos sintieran la misma impresión, en que acaso se debatieran en ideas semejantes a las suyas, Ernie entró en la chavola.

Pasaron varias horas, horas angustiosas, que los hombres soportaban calladamente, esperando la vuelta de sus amigos con el alma tensa. Si no regresaba alguno de ellos, no había comentarios, aceptaban su ausencia con estoicismo, pero con el corazón desgarrado.

De pronto, en el sendero que cruzaba entre sus chavolas, apagados por el barro, que rezumaba agua, se oyeron unos pesados pasos, lentos, vacilantes, como si el que produjera el sonido se hallara en el extremo de la extenuación... Se estremeció la manta.

Se estremeció la manta que hacía las veces de cortina en la puerta de la chavola. Todos volvieron la cabeza hacia tal lugar. Entró derrengado el sargento Warnicki; se quitó las cartucheras, colgó su arma y estiró los brazos, suspirando:

—¡Oh! ¡Cómo me duele la espalda!

Con un gemido se dejó caer en su yacija, donde estuvo un rato tentado, mirándose estúpidamente las manos y rumiando un trozo de tabaco. Luego lo esupió. Fué el único sonido que turbó el silencio el gotear del agua en un plato colocado por el previsor Dondaro en el suelo para combatir el agua que se filtraba por las grietas.

—¡Mal refriado!—comentó Ernie con simpatía.

Mientras Warnicki ponía en marcha su fonógrafo, los demás se estremecieron. ¿Y Murphy?... Mew sacó su póliza de seguros y tachó el nombre del patilargo soldado, aumentando la cantidad de dólares que su esposa había de cobrar en caso de que él muriera. Ernie se levantó, desclavó de la pared el retrato de Isabel

Murphy y salió de la chavola, perseguido por los incoherentes sonidos del gramófono; indicadores de que Warnicki había fracasado una vez más.

Andando cansinamente, Ernie pensó si no habían fracasado todos. La fotografía que le quemaba el pecho quizá destrozaría el corazón de una mujer. Sin embargo, el dolor que le ocasionase no podía compararse a la pérdida irreparable que la crueldad de los hombres había producido.

Sentíase cien años más viejo, cuando abrió la puerta de la destartalada oficina de Prensa de la retaguardia. Le acogió un vitor estruendoso. Levantó los ojos hacia sus compañeros, que le aplaudían tan a destiempo, y preguntó:

—¿Qué broma es ésta?

Sus amigos volvieron a alborotar, atronando la destartalada oficina con sus chillidos. Después, con suma precisión, le hicieron una reverencia. Uno de ellos propinó un codazo a las costillas de Robert, y éste, como si el doloroso procedimiento hubiera despertado su memoria, dióse una palmada en la frente y buscó en sus bolsillos lo que, como de sobras sabía, estaba ante sus ojos sobre una mesa.

—Su correspondencia, señor Pyle—anunció Roberts, lanzándole un arrugado papel.

Ernie lo atrapó en el aire y lo tuvo que alisar con la palma de la mano. Era un sobre de una sociedad literaria dirigido a él. Sin embargo, a pesar de que no tenía ninguna relación con la corporación, no demostró su asombro. Se limitó a decir maquinalmente, con el pensamiento fijo en la lacerante idea de la desaparición de Murphy:

—Gracias. Ya veo que le habéis abierto.

—¿Por qué no? El sobre decía «personal».

—¿Y qué contiene?—inquirió Ernie, alisando la carta.

—Nada importante — declaró un periodista con contenida alegría—. Solamente que acabas de ganar el Premio Pulitzer.

—¡Vaya! No lo esperaba—contestó Ernie con indiferencia.

Tenía que sobreponerse. Con lento movimiento, dió la espalda a sus colegas y se encaminó hacia su mesa de trabajo. Sobre

ella descansaban las armas con las que había de combatir la ignorancia de las personas que aun creían que la guerra era una bonita fiesta en la que los hombres disparaban y avanzaban cantando, conquistaban pueblos cuyos habitantes les abrazaban entusiasmados, cuyas mujeres les sonreían y en donde les esperaban camas calientes y limpias.

¿Por qué no le enorgullecía haber recibido el más alto galardón, ambicionado por todos los escritores?... ¡Murphy! ¡Oh, Murphy! Dejó el retrato de la viuda junto a su máquina de escribir y puso un papel en ésta. Le hacían daño las risas de sus compañeros.

—Lamento informarle, señor Pyle—anunció Roberts—, que ha dejado de ser un periodista. Ahora es usted un distinguido corresponsal.

—¡Pobre diablo!—suspiró otro—. Ahora va a ser famoso.

—¡Vaya, vaya!—dijo Ernie, meneando la cabeza.

Se puso a la máquina de escribir, encendió un cigarrillo y escribió un memorable artículo que comenzaba así: «Wingless» Murphy era incapaz de hacer daño a nadie y, sin embargo...

Transcurrió el tiempo sin que nada, salvo la muerte, alterase la monotonía de su existencia envilecida. Habían perdido la noción de los días, horas y minutos. Todo aquello era una ficción. El verdadero reloj, el único importante, era el monasterio, que resistía, inexpugnable, sus asaltos.

Llegó Navidad. Warnicki daba cuerda a su fonógrafo, mientras que sus compañeros escuchaban la voz melosa del locutor de radio asegurando a las familias que sus hijos, hermanos y esposos celebraban aquel día con un delicioso pavo, una magnífica salsa y demás manjares tradicionales. Alguien desconectó la radio y Dondaro, relamiéndose, exclamó:

—¡Vaya pellejo que tiene el pajarraco!

En realidad, estaba degustando el contenido de un bote, o sea su ración diaria. Otros, menos indiferentes, enfurecieron. Wayne murmuró, pensativo:

En otro momento, el comentario hubiera suscitado un alud de protestas, porque aquella era, según la opinión de los solta-

dos, una frase derrotista, destinada a minar la resistencia de sus vacíos estómagos. Pero era Navidad, fiesta en que las discusiones, incluso las sostenidas en broma, estaban prohibidas. Es más, era posible volver los ojos a los años pasados en la comodidad de sus hogares y hablar de ellos.

—Siempre me gustó comer el rollo primero.

—¡Su magnífica salsa, su magnífica salsa!—estalló Ross.

—Pobres familias nuestras—se rió Dondaro, tumbándose— ¡Cuidado que están equivocadas!

—Ya te dije que conseguiría un fonógrafo—rezongó Warnicki, tapando la antigualla que le había fallado una vez más.

En una oficina de Intendencia de la retaguardia ocurría una curiosa escena. El capitán Walker tenía asestada su metralleta contra un teniente, y Ernie, fumando un cigarrillo, contemplaba la comedia, asintiendo con la cabeza a cada una de las palabras imperativas y secas, que pronunciaba el capitán.

—Usted tiene pavo, los demás batallones tienen pavo—decía éste—. El general ha comido pavo... ¡y mis nombres han de comer pavo!

—Pero si hemos intentado...—tartamudeó el atildado teniente.

Era evidente que procuraba dar a sus palabras un acento de firmeza que estaba muy lejos de sentir. Los del cuerpo de Intendencia eran envidiados y despreciados por los componentes de las demás Armas, con razón a veces y otras no, y el teniente veía desaparecer entonces la oportunidad de tomar amplia venganza de las humillaciones sufridas.

—¡No basta con intentar!—rugió Walker—. ¡O me consigue usted esos pavos, o el Cuerpo de Intendencia va a tener que buscarse otro teniente!

El seguro de la metralleta emitió un chasquido al ser corrido por los fuertes dedos del capitán. El teniente se puso en pie como si le hubiesen pinchado, terriblemente pálido.

—Iró... Iré a ver qué es lo que puede hacerse, señor.

—¿Qué le parecerían unos pavos con su salsita?—insinuó Ernie.

El teniente se paró al oírle y tartamudeó:

—Escuchen... Esperen un momento.

—¡Queremos pavos!—tronó Walker, pasando el dedo por el gatillo.

Warnicki se cruzó con el corresponsal, cuando éste entraba en su chavola, con una gran perola de reluciente metal. Se sentó y dijo chillando:

—¡Mirad quién está aquí!... ¡Papá Noel!

Los soldados, al ver el succulento contenido de la perola, se precipitaron sobre ella, disputando amistosamente por hacerse con sus bocados preferidos, y poco después comían a dos carrillos en compañía de Ernie, que le miraba benevolente.

Warnicki y Walker estaban conversando, cuando sonó el teléfono de campaña. El capitán se puso al habla.

—Diga, señor... El capitán Walker... Entiendo... Sólo uno o dos prisioneros... Naturalmente, señor: intentaremos traer todos los que podamos... ¿Relevos? No, aun no han llegado... Sí, sí, señor —colgó el aparato y anunció a Warnicki—: Otra patrulla.

—Yo iré—se ofreció el sargento.

Walker volvió lentamente la cabeza hacia él, como si contemplase algo asombroso. Aquella tenacidad de Warnicki en aceptar sobre sí las responsabilidades que podía compartir con los demás era algo inverosímil. Quizá incluyese un secreto. Walker parpadeó y volvió a fijar sus ojos en los papeles que cubrían el cajón que hacía las veces de escritorio. Y murmuró secamente:

—No, tú has hecho bastante.

Pero Warnicki era un hombre obstinado. Y si Walker había creído que desistiría al oír su opinión, estaba muy equivocado; como inmediatamente averiguó, pues el sargento, irguiéndose cuanto su posición permitía, declaró:

—Cada paso adelante, señor paso hacia el hogar.

Walker clavó sus ojos en los del sargento con franca admiración.

—De acuerdo. Tráeme diez hombres.

Warnick!, con un gruñido de aprobación y de contento, salió de la chavola sin siquiera saludar.

Ernie, siempre en funciones de Papá Noel, repartió entre sus amigos vino y unos cigarros, que todos encendieron con un gruñido de satisfacción. Dondaro, lanzando una mirada a uno de las innumerables fotografías que rodeaban el sitio en que dormía, olió un frasquito de esencia, a hurtadillas de los demás, y casi se sintió desvanecido de placer.

—Oye, Ernie—preguntó, confundiendo su voz con el estruendo de un combate—, ¿has estado en Hollywood?... ¿Conoces a Carol?

Ernie, dominado por la apacibilidad del momento, tardó algo en responder. Dió una larga chupada a la colilla de su puro, estiró sus miembros fatigados, sonrió para sí mismo y contestó lentamente:

—Sí, me la presentaron.

—¿Es cierto que tiene...?—dijo Dondaro, haciendo un gesto expresivo.

—Pues eso es lo que dicen.

Ernie se encogió de hombros, como si nunca hubiera pensado en considerar al ídolo de Dondaro desde aquel punto de vista. El soldado le miraba anhelante. Ernie volvió a afirmar pausado:

—Tú has viajado mucho, ¿verdad, Ernie?

Dondaro se dejó caer sobre las mantas y se entregó a una evocación de su ideal femenino, que debía de ser muy agradable a juzgar por la dulce sonrisa que se dibujó en sus labios. Súbitamente, habiendo tomado otro sesgo sus cogitaciones, se incorporó sobre un codo y midió a Ernie con un vistazo apreciativo. Y preguntó:

—Nueva York, Washington, Holliwood... Todas partes. Dondaro arrojó la colilla de su cigarro y le confió:

—Mira, cuando este barullo acabe, pienso ir a buscarte...

—Muy bien—aprobó Ernie.

—Quizá puedas ayudarme a encontrar un empleo.

Ernie arrojó las cejas y luego hizo un ademán afirmativo con

la cabeza. Hubo, luego, una pausa, que cada cual aprovechó para paladear la providencial calma, que tan grata les parecía.

Oyeron pasos fuera. Warnicki regresaba con la patrulla diezmada, pero con un prisionero. Walker encargó que lo condujeran al cuartel general. Warnicki entró en su chavola.

—Le hemos guardado, pavo, sargento—le dijeron.

—No, gracias. No quiero comer—rechazó.

Arrojó descuidadamente su metralleta a un rincón de su yacija, se quitó las cartucheras con un gemido y alargó los brazos como si quisiera derribar las paredes de la chavola...

Puso en marcha su fonógrafo. Todos pensaron: «¡Ojalá pueda oír de una vez a su hijo!». Pocos segundos después, Warnicki enfundaba el armatoste con aire de decepción. Dondazo se puso en pie y salió, tras de haberse perfumado ligeramente. Sus amigos percibieron el aroma y se miraron acusadoramente, en especial a Ernie, que prometió:

—No soy yo... Bueno, muchachos, me voy a descansar. Buenas noches.

—Gracias por las Felices Pascuas, Ernie—le agradecieron a coro.

Ernie entró en la chavola del capitán.

Walker estaba acodado en su cajón, ante el cual parecía condenado a pasar el resto de la guerra, y apenas levantó su despeinada cabeza para fijar sus ojos en el recién llegado, Ernie metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una pata de pavo que había hurtado de la cacerola. Quitándole los pelillos que la ropa había pegado a la grasa helada de la carne, saludó al capitán:

—Felices Pascuas, Bill.

—Felices Pascuas, Ernie—dijo Walker, aceptando un trozo de pavo—. ¿Un trago?

—No irá mal—aceptó Ernie. Se atragantó con el fuerte licor—. ¿Qué es esto?... ¿Otra arma secreta?

—«Cappa», aguardiente italiano —y Walker agregó, irónico—: Se pone uno romántico cada tres tragos.

El capitán dió un buen tiento a la botella y se la devolvió a Ernie, que imitó su ejemplo. El licor ardía en su estómago.

—Preferiría el romanticismo natural de nuestro hogar—confesó.

Walker mordió de mala gana la pata de pavo. Por primera vez, desde que le conocía, Ernie oyó de su boca algo que no se refería al servicio. Los ojos de Walker se llenaron de luz.

—¡Qué bien se debe de estar en Nueva Méjico en esta estación del año!

—¡Ya lo creo!—exclamó Ernie, asombrado, con calor.

El brillo de los ojos de Walker se extinguió. Cruzó los brazos sobre el cajón que le servía de escritorio y humilló la cabeza.

—Siempre he deseado vivir en el Oeste. Algun día puede que...

Se llevó la botella a los labios. Era evidente que le dominaban tristes pensamientos y que los quería borrar bebiendo. Ernie así lo supuso y se apresuró a decir:

—Si se decide, vaya a verme. Mi mujer y yo le enseñaremos cómo se vive allí... ¿Está casado?—preguntó, tras una pausa.

Walker arqueó las cejas y respondió con dura amargura:

—Pues sí y no. Yo quería una cosa y... ella quería otra. Se marchó y se acabó el capítulo—sus ojos se fijaron en los papeles que tenía delante y dijo con sarcasmo—: Nombres y direcciones... Usted no es el único escritor que corre por aquí. También yo suelo escribir... Jones, Peterson, McCarthy, Spitavsky, Smith... «Querida señora Smith, su hijo murió heroicamente...»

Ernie había descubierto los secretos de Walker. Una mujer egoísta y los hombres fallecidos a sus órdenes. El alma de aquel hombre espléndido se le ofrecía desnuda, temerida por la agonía de su íntimo dolor. Walker tornó a beber: empezaba a estar ebrio. Pasó la botella a Ernie.

Siempre había sospechado que los tenía; sí, el dios tenía pies de barro; pero, sin embargo, podía mantenerlos ocultos y era necesario que llegase un momento de debilidad—porque, indudablemente, era el hombre de la compañía que más se había resentido de aquella inactividad—para que los confesase. ¡Qué cosas

tan triviales eran las que lo atormentaban? Si, triviales considerada la grandeza del momento. Aquellos eran sus secretos, los que le corroían:

—Y los chiquillos que van llegando... Eso es lo que preocupa... Novatos... Eche un trago, Ernie. Brindemos por Faid Pass, por la cabeza de puente de Anzio, por Salerno —se cogió la frente entre las manos y gimió—: ¡Oh, qué cansado estoy!

—Mejor será que intento dormir un poco —le recomendó Ernie.

Walker tuvo una extraña sonrisa y apartó los papeles de sí.

—Esto me recuerda un remedio que recetaba cierto médico para el insomnio. Recetaba dormir mucho... Nombres, direcciones, cotas que toma... Se asombraría usted si supiera el número de cotas que hay que tomar aún. —Levantó la cabeza y preguntó con la mirada turbia—: Ernie, ¿por qué diablos no regresa a su casa?

—En muchas ocasiones me lo pregunto.

Walker se sumió de nuevo en sus pensamientos.

—Si al menos pudiéramos crear algo bueno con la vida y la energía de estos hombres... Son los mejores, Ernie.

El capitán consumió algo más del licor.

—Sí—musitó Ernie—. Viven en un mundo ignorado por los otros mundos. Hasta las fuerzas aéreas, allá arriba, se acercan a la muerte de otra manera. Cuando mueren, están limpios, afeitados, bien nutridos... y eso significa mucho. Pero la Infantería, estos pobres, viven tan miserablemente y mueren tan miserablemente, que sólo...

Se calló al advertir que el capitán dormía y salió sigilosamente de la chavola. El sueño de Walker no duró mucho. Al amanecer, estaba ante el umbral de su refugio, contemplando el lodazal, en que se había convertido el camino. De pronto, su cuerpo se tensó. Había percibido pasos. Era Dondaro que regresaba de una de sus correrías nocturnas. Al ver al capitán, el muchacho se cuadró.

—Dondaro, ¿se ha divertido mucho? Siempre me alegro de ver que uno de mis hombres se expansiona un poco —la suave voz de Walker se convirtió en un trueno al gritar—: ¡Lo aseguro,

Dondaro, que me causaría un enorme placer personal romperle hasta el último hueso del cuerpo!... Que beba usted allí dentro es una cosa, pero aquí fuera es otra. ¡Ahora lárguese! ¡Márchese antes de que...! ¡Espere!

Dondaro, al oír esta orden, dió media vuelta con tanta rapidez, que se cayó de bruces en un charco, desde donde escuchó las palabras de su capitán:

—Preséntese a Warnicki. Dígame que va usted a cavar letrinas para todos los hombres de la compañía desde aquí hasta Roma. ¡Que sean anchas y profundas!

El día sorprendió a Dondaro cumpliendo el arresto, que, como es natural, realizaba de mala gana. Ross salió de su chavola y le observó con los brazos en jarras.

—Tienes suerte, Dondaro. ¡Aprendes un nuevo oficio!

—Cuando termine esta guerra, voy a escribir un libro sobre este Ejército—gruñó el arrestado, clavando su pala con rabia.

—Oye, Dondaro—le dijo un soldado—; dime confidencialmente, ¿crees que valió la pena?

La sonrisa que iluminó el rostro de Dondaro así lo demostraba. Iba a dar las explicaciones del caso, cuando enmudeció. Zumbido de aviones. El cielo se llenó de aeroplanos volando en picado, seguidos de una estela de humo.

—¡Eh, muchachos!—aulló Dondaro—. ¡Mirad, mirad!

Todos salieron de su chavola gritando entusiasmados. Los aviones soltaron su destructora carga sobre el monasterio. El asalto a Monte Cassino había empezado.

LA VOZ DEL HIJO

Ernie Pyle describió el principio de las operaciones y sus resultados de esta manera:

«El general Eisenhower había decidido acerca del monasterio. Si hubiésemos de escoger entre destruir un famoso edificio o sacrificar la vida de nuestros hombres, en tal caso, la vida de nuestros hombres valía infinitamente más... Y entonces se presentó una de las raras ironías de la guerra: el mencionado monasterio se convirtió en una fortaleza para los nazis, manteniéndonos a raya. Estábamos en el mismo punto de partida.»

En efecto, las laderas y cotas parecían un valladar inexpugnable para alcanzar el monasterio. Día y noche, éste estaba envuelto en humo, polvo y fuego, mientras unos muñecos —los hombres— se arrastraban por los costados de la montaña bajo un diluvio de metralla. Compañías, batallones enteros quedaron diezmados. Ni los más expertos veteranos pudieron alcanzarlo. Fue, por consiguiente, imprescindible retroceder al punto de arranque y dejar que la artillería y la aviación continuaran su labor demoledora antes de dar el asalto supremo.

La labor de las patrullas se hizo más ardua todavía. Salían los hombres para llevarla a cabo y únicamente regresaba War-

nicki, belicoso, aturdido, pero siempre incólume, como si un buen ángel velara por él y apartara las balas a él destinadas.

Pero el día anterior al ataque definitivo amaneció sin que el sargento hubiera vuelto. En su chayola, todos estaban con el alma en un hilo. Tres soldados miraban al capitán Walker, que paseaba incansable, extrañamente agitado, cerca del lugar en que la trinchera desembocaba en la falda de la montaña. Aguardaba también al sargento.

—Será mejor que le laves un poco de café y que no le pierdas de vista—dijo uno de los soldados entregando un bote a Pete.

Este se dirigió hacia el capitán. Jacoli preguntó:

—¿Cuándo vamos a darles la puntilla?

—A las dieciocho.

Encendieron un cigarrillo y guardaron silencio, un silencio opresor. Pete, mientras tanto, se había cuadrado delante de Walker. Este le lanzó una mirada como si viera a través de él, como si fuera un fantasma.

—¿Café, capitán?

—No; gracias.

—Está caliente.

—No; gracias, Pete.

Pete se sentó en un espolón de la trinchera sin despegar los ojos de Walker. De pronto, éste se enderezó. Warnicki surgió de la niebla y se cuadró como un autómatas. Walker se asombró con un cruel presentimiento en el pecho.

—Nos ha costado mucho volver, señor.

Iba solo.

Después, con esfuerzo, dió media vuelta y, vacilando como un hombre ebrio, despertando la alarma de los espectadores, entró en su chayola. Todos respiraron al verle, pero se abstuvieron de hacer comentarios.

Warnicki se sentó en sus mantas, destapó el fonógrafo, le dió cuerda; en una palabra, repitió la operación que, con anterioridad, había llevado a cabo centenares de veces. ¡Pero en aquella ocasión quiso el destino que el gramófono marchara bien!

—Vamos, hijito, dile «qué tal» a papito. Vamos, hijito.

Warnicki se sobresaltó. Por fin habló un niño:

—¿Qué tal, papito?

—Vamos, sigue...—animó la voz femenina.

—¿Qué tal, papito?

Warnicki se había puesto en pie, con los ojos fuera de las órbitas, las manos crispadas, el cuerpo presto a embestir. Sin prestar atención a la cariñosa voz del niño, que repetía su salutación, aulló:

—¡Los haremos pedazos!

Sus compañeros no dieron crédito a lo que oían. Supusieron que se trataba de una amenaza, de una promesa.

—Pedazos... pedazos...

Corrieron hacia Warnicki para contenerle. Las penalidades le habían trastornado el juicio e iba a hacer algún disparate. Pero el sargento les apartó de sí de un manotazo, como si fueran de paja, y arrancó la cortina de la cheyola, lanzándose al exterior chillando:

—Si no fuera por ellos, estaría en casa con mi hijo. Exterminaré hasta el último canalla. Los haré pedazos.

—¡Sujetadle!—avisó Dondaro.

Los que estaban al aire libre vieron horrorizados cómo los compañeros del pelotón de Warnicki resbalaban en el barro tras el sargento, sin lograr detenerle.

El sargento corría hacia la ladera de la montaña.

—¡Warnicki!... ¡Warnicki!—exclamó Walker con voz perentoria.

—¡Dejadme cogerlos!... ¡Dejadme despedazarlos!

Estaba a punto de rebasar al capitán. La salida de la trinchera se hallaba a un paso.

—Bueno, muchachos, basta de tonterías—mandó Walker—. ¡Hagamos algo!

Se tiró a los pies de Warnicki y éste se desplomó como un árbol desgajado. Los soldados se echaron sobre el sargento, pugnando por dominarle, pero la locura centuplicaba las fuerzas, ya

enormes, de Warnicki y fueron despedidos como cachorros que luchan contra un oso.

Unicamente se le podía oponer una persona: Walker, cuya constitución era tan vigorosa como la del demente. Se levantó, pues, el capitán del barro y disparó un puñetazo seco y duro como la coz de una mula contra la barbilla del desgraciado sargento, que cayó conmocionado. Poco más tarde era llevado, bien custodiado, a la retaguardia.

¡GRACIAS, AMIGO, GRACIAS!

«Las máquinas habían hecho todo lo posible, pero no era suficiente. Había llegado la hora, como llega en toda guerra, de que la mejor máquina combativa de todas, **el soldado de infantería**, entrara en acción y acabara la obra comenzada»...

Walker y su compañía estaban agazapados en la falda del monte. Desde aquel sitio no podían percibir el edificio. Sin embargo, sabían que estaba en la cima de la montaña, lo mismo que la muerte. Walker consultó su reloj... Arrojó una bomba de mano y sus hombres se lanzaron hacia lo alto como mastines bien adiestrados, mandando y recibiendo la destrucción en todos los sentidos.

* * *

Al otro lado del Monte Cassino.

Ernie se mezcló con los soldados que en columna de marcha se dirigían hacia Roma. La enorme masa del monasterio y de la montaña que lo sustentaba quedaba a sus espaldas. Era un día radiante, nuncio de paz. Las conversaciones resonaban alegre-

mente bajo la bóveda formada por las ramas y el follaje de los árboles.

—¡Eh, muchachos! —gritó Ernie— ¿Sabéis algo del XVIII de Infantería?

Le indicaron un camino lateral, que aflula a la carretera. En él estaba descansando un grupo de hombres. Una cabaña servía de paradero para los hombres y las acémilas.

—¿Compañía C? —pregutó Ernie a uno de los soldados que se disponía a emprender la partida.

—Lo que queda de ella —le respondió lacónico, haciendo un gesto con la cabeza en dirección del grupo sentado.

—Hola Ernie —saludó uno de sus componentes— ¡Dichosos los ojos!... ¿Dónde has estado, Ernie?

—Paseando por ahí.

—¡Bienvenido a este lado de Cassino! —exclamó otro.

—Al fin lo lograste, ¿eh?

Ross estrechó la mano de Ernie y murmuró pensativo:

—El desfile de soldados carretera adelante es más alentador, ¿verdad, Ernie?

—Ya lo creo —sonrió éste.

Los demás del grupo le saludaron afablemente, pero con una extraña expresión, entre indiferente y atónita, en sus rostros. Estaban aún atontados por los combates anteriores y, además, los ruidos choques soportados por su sensibilidad habían borrado su juvenil alegría. Más que muchachos eran ancianos.

—Sí—, gregó otro—. Nosotros les abrimos la puerta y ellos entran triunfalmente.

—Deja que se diviertan—replicó un soldado—. Todavía son jóvenes.

—¿Os sobra algún asiento?—inquirió Ernie.

Le hicieron sitio entre ellos. Oyó un ligero ladrido y una figurilla temblorosa saltó a sus brazos. Era «Árabe». Ernie lo estrechó contra su pecho, diciendo en son de broma:

—¿No os habéis comido aún a este perro?

No le contestaron. Tenían los ojos fijos en la suave ladera de la montaña, por la cual descendía una hilera de mulas guiadas por

sanitarios. Todas llevaban un cadáver. Sí, el cuerpo rígido de un amigo suyo, que era tirado como un paquete al suelo, delante de ellos, junto a la cabaña.

—¡Ah! está Dondaro.

Ernie aguzó la vista y contempló la silueta del soldado. Cojeaba al andar; tenía un pie vendado. Pero no era esto lo que le hacía tener la cabeza gacha, sino la carga de su mula; el cadáver de un hombre gigantesco, cuya cabellera era agitada siniestramente por la brisa.

¡Eran los restos mortales de Walker!

El corazón de Ernie dio un vuelco. Nadie ayudó a Dondaro a descargar el cadáver del capitán. Contemplaban pensativos a su compañero que, con infinitos cuidados, con ternura maternal, colocó en el suelo la forma rígida de su jefe. Luego, se sentó a su lado, en el suelo. Le arregló el cuello de la guerrera, le apartó el pelo de la lívida frente y cogió una de las yertas manos, con tanta fuerza como si aquel trozo de carne sin vida fuera lo único que le uniera a la existencia.

El teniente de la compañía fué el primero en reaccionar. Se incorporó y se acercó silenciosamente al cuerpo de Walker, cuyo rostro tenía una mueca de indiferencia y de hastío.

—Lo siento, amigo...—murmuró el teniente y echó a andar hacia la carretera.

Su movimiento fué imitado por los soldados y Ernie, que, uno tras otro, desfilaron ante el muerto, mirándole fijamente, con extraña comprensión, como se mira a la persona que nos cuenta un secreto que muchas veces ansiamos conocer.

—¡Lo siento mucho, señor!—susurraron los soldados.

Ross estudió la cara de Walker y se alejó con los hombros caídos. Alguien voceó en la carretera la orden de formar, sacando a Ernie de su abstracción. Era extraño, pero no sentía dolor por la muerte del amigo, sino descanso. Se unió a la diezmada compañía C y emprendió con ella la marcha hacia Roma.

La compañía estaba ya a algunos centenares de metros, cuando Dondaro decidióse a separarse de Walker. Le cruzó las manos sobre el pecho, notando que el corazón se le desgarraba al dejar

allí, solo y tendido como a un perro rabioso sin vida, al hombre que durante años había encarnado el espíritu que les animaba. Luego, corrió renqueando, como en sueños. Ernie se puso a su lado y le pasó el brazo por el hombro, diciéndole:

—¡Esa es nuestra guerra! La trasladaremos con nosotros a medida que avancemos de un campo de batalla a otro hasta que termine. ¡Venceremos! ¡Ojalá podamos regocijarnos con la victoria, pero sinceramente!... Entonces todos juntos intentaremos, recordando las vidas sacrificadas, reconstruir nuestro destrozado mundo de manera tan justa y firme, que jamás pueda desencadenarse otra guerra semejante. Y... por aquellos que yacen bajo cruces de madera, lo único que podemos hacer es guardar un instante de silencioso respeto y murmurar: ¡Gracias, amigo, gracias!...

FIN

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

COLECCIÓN CONCHITA PIQUER

Núm. 1 Creaciones clásicas

3'50 ptas.

» 2 Retablo español

» 3 Estampas folklóricas

» 4 Selección de otros éxitos

Canciones de Rafael de León

1'25 ptas.

Sus clásicas canciones

1'00 ptas

Pedidos a Editorial ALAS, Valencia, 234 - Teléfono 70657

Dirección telegráfica: EDITALAS, Barcelona.

Todas las grandes
creaciones de
JORGE NEGRETE

en
CANCIONERO
de



JORGE NEGRETE 1'50 ptas.

El pañón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano
Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no
te rojes! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los
últimos de Filipinas, etc.

JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere
en Jalisco - La madrina del diablo
y todos los éxitos del momento

JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos

Ma ha de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

JORGE NEGRETE, IRMA VILA y TITO GUIZAR

Seda, sangre y sol - Hasta que perdió Jalisco - Qué lindo
es Michoacán - Mexicana

JORGE NEGRETE

Canciones mexicanas

Una peseta

JORGE NEGRETE Selecciones

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3'50 ptas.

Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo
Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco,
no te rojes!

Genio y Figura (Biografía de JORGE NEGRETE)

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
 Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
 Apuesta de amor . . . Gene Raymond
 Máster Fiescamos . . . Gino Cervi
 Sepultado en vida . . . A. Nazzari
 Aventura Pampadour . . . Kate de Naji

Melodía roja . . . Billy Bergel
 Cupido sin memoria . . . Ann Sothern
 María Elena . . . Paula Wessely
 El caso Vare . . . Clive Brook
 Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
 Los tres vagabundos . . . Heinz Rühmann

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Tótemy de los
 elefantes . . . Sabú
 Tú cambiarás de vida . . . M. Redgrave
 Las dos niñas de París . . . C. Bagnon
 ¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover
 La última avanzada . . . Cary Grant
 Vacaciones juerga Harvey . . . Mickey Rooney
 Marguerite Gautier . . . Greta Garbo y
 Robert Taylor
 Mortal suggestion . . . Ann Harding
 Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux
 Bajo manto de la noche . . . Edmund Lowe
 Alarma en el expres . . . M. Redgrave
 Crimen de medianoche . . . Ramón Pereda
 El signo de la Cruz . . . Fredric March
 El asesino invisible . . . Walter Abel
 Los dos pilletes . . . Jacques Tati
 Pygmalion . . . Leslie Howard
 María Estuardo . . . Kath. Hepburn
 Cuidado con lo q. hacen . . . Michael Redgrave
 Por la dama y el honor . . . Paul Lukas
 El día que me quieras . . . Carlos Gardel
 El pequeño lord . . . F. Bartholomew
 Tarzán de las fieras . . . Buster Crabbe
 Albergue nocturno . . . Greta Gwyn
 El misterio de Villa Rosa . . . Jude Kelly
 Acusado . . . Dolores del Río
 Perla de hombres . . . Mickey Rooney
 Lo prefiero millonario . . . Gene Raymond
 Las peligrosas de la gloria . . . James Cagney
 La bella rebelde . . . Ann Sothern

Buscando fama . . . Don Ameche
 Una mujer imposible . . . Jenny Jagan
 El hombre del Níger . . . Victor Francen
 Extraños en luna de miel . . . Hugh Sinclair
 Andrés Harvey Tenorio . . . Mickey Rooney
 Prato dorado . . . Clark Gable
 El secreto del marqués . . . Armando Fabian
 Irene . . . Ann Neagle
 Una hora en blanco . . . Franchot Tone
 La burla . . . Charles Boyer
 La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
 La muj. de las dos caras . . . Greta Garbo
 Luna llena . . . John. MacDonald
 La hora radiante . . . Joan Crawford
 Cuando el amor encuent. . . Mervyn Douglas
 El rapto de Lausa . . . Joan Fontaine
 Una chica se divierte . . . Jean Arthur
 Una mujer endiablada . . . Lupe Vélez
 El club 400 . . . George Murphy
 La vuelta del zana . . . Gordon Harker
 El gran jefe . . . V. Mac Lagen
 Cuando los hijos se van . . . Fernando Siler
 Otra vez más . . . Ronald Colman
 Juventud ambiciosa . . . William Holden
 El sospechoso . . . Charles Laughton
 Matrimonio de inconven-
 nencia . . . Diana Barrimore
 Una chica atrevida . . . Jean Arthur
 La dama del tren . . . Diana Durnin
 Documento Z . . . Ita Munda
 Zaza . . . Claudette Colbert

3 pesetas

Olivia . . . Kat. Hepburn
 El duque de West Point . . . Joan Fontaine
 El nuevo zorro . . . John Carroll
 Rutas infernales . . . John Waine

Hombres intrépidos . . . John Wayne
 Kit Carson . . . John Hall
 La ruta del este . . . Frankie Edwards
 ¿Crimen o suicidio? . . . Paul Kelly

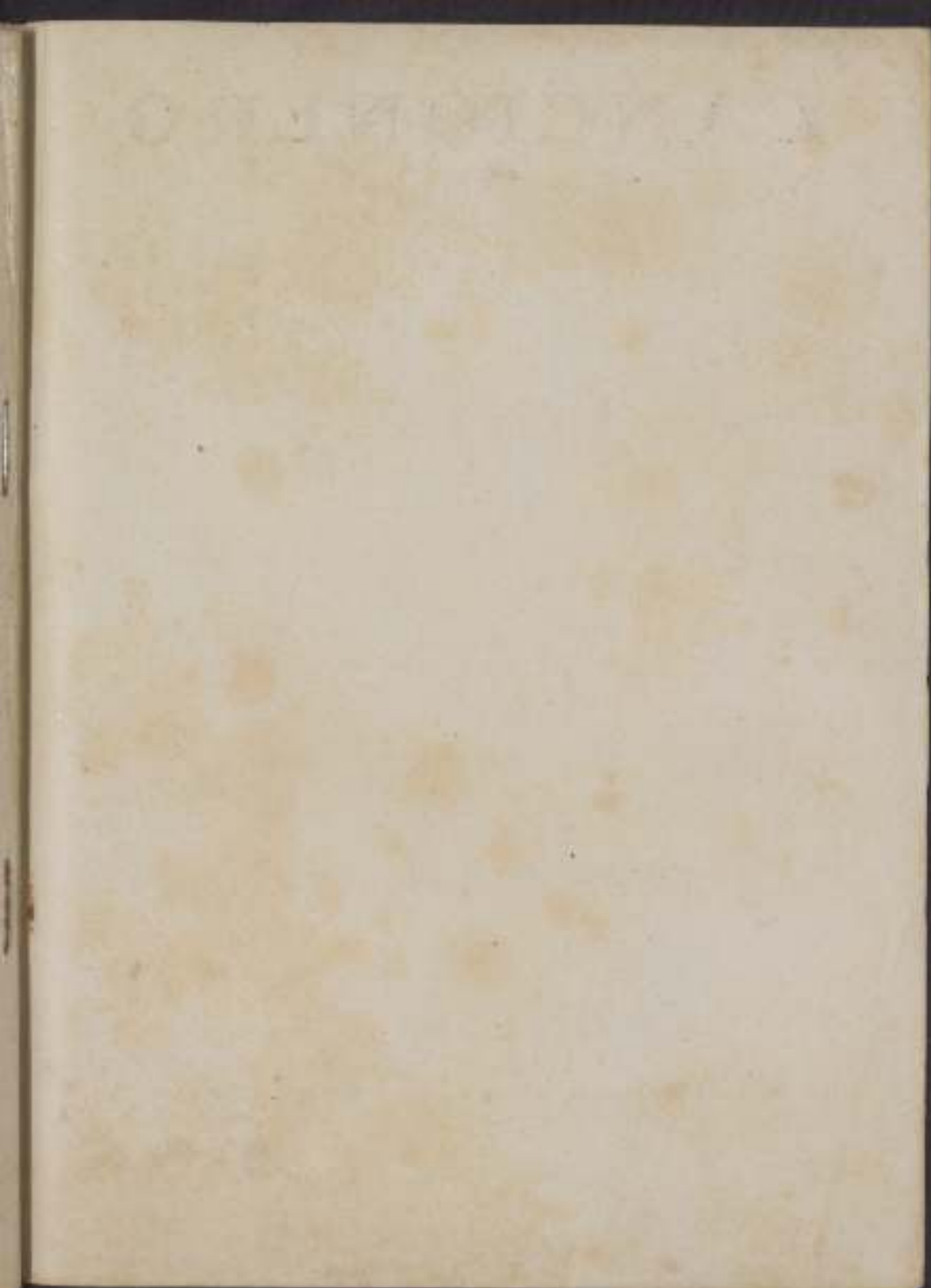
SERIE ESPECIAL

3.50 ptas.

Cuando quiere un meji-
 cano . . . Jorge Negrete
 Así se quiere en Jalisco . . . Jorge Negrete
 Diego Bandera . . . Jorge Negrete
 Perjurio . . . Jorge Negrete
 Jorge Negrete. Biografía

La cámara dialógica . . . Flash Gordon
 El rayo de la muerte . . . Flash Gordon
 La madrina del diablo . . . Jorge Negrete
 Seda, sangre y sol . . . Jorge Negrete
 Sargento York . . . Gary Cooper

Puedes a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



CANCIONERO

de  **Editorial Alas**

1' - peseta

PEPE BLANCO
ANTONIO AMAYA
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA PUEBLA
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
CARMEN MORELL



NEGRETE
JUANITA REINA
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.